Las Matrices Perinatales

Stanislav Grof

www.confiaenlamarea.com

Portada: Stanislav Grof - Alex Grey

Extracto del libro de Stanislav Grof
La Mente Holotrópica. Los niveles de la consciencia humana
Parte II, Capítulos 3 a 5

Editorial Kairós SA; N.º 1 edición (7 mayo 2010)

Por primera vez este concepto fue formulado en 1975 por Stanislav Grof, un psiquiatra estadounidense de origen checo. Las matrices perinatales, según su enseñanza, son un modelo del desarrollo mental humano en la etapa de la existencia intrauterina y hasta el momento del nacimiento. En un intento por comprender lo que le sucede al niño en el útero desde un punto de vista psicológico, se han llevado a cabo una gran variedad de estudios. El método biográfico, cuando se intentó rastrear la relación entre el curso del embarazo y el carácter posterior de una persona, resultó no ser el más original. Investigadores particularmente valientes han intentado entrar en un estado similar al que experimenta un bebé durante su propio nacimiento mediante la inyección de un cóctel de compuestos químicos, que incluyen adrenalina y LSD.

Los científicos no pudieron llegar a un consenso sobre la experiencia adquirida en el momento en que nació una persona. Pero se encontró algún patrón general. Es obvio que un niño en el útero, al expulsarlo de su matriz habitual, experimenta un estrés tremendo, similar a la traición. En las matrices perinatales de Grof, se identifican cuatro procesos principales que influyen en el desarrollo posterior de la psique. Cada etapa se caracteriza por sus rasgos distintivos. Los conceptos básicos son llamados por el propio científico matrices perinatales básicas (BPM).

confiaenlamarea@gmail.com

PARTE II:LAS MATRICES PERINATALES: INFLUENCIAS QUE CONFIGURAN LA CONCIENCIA HUMANA DESDE LA VIDA PRE-NATAL Y EL MOMENTO DEL NACIMIENTO

El sueño es la puerta más pequeña para penetrar en el santuario más recóndito y profundo del alma y acceder a esa noche cósmica primordial en la que descansa desde mucho antes de que existiera un ego consciente y que se extiende mucho más allá de lo que el ego consciente podrá jamás alcanzar.

CARL GUSTAV JUNG, *Recuerdos, sueños y pensamientos*

2. LA TOTALIDAD Y EL UNIVERSO AMNIÓTICO: MPB I

Que alcances la paz entre las movedizas olas.
Que alcances la paz entre el soplo del viento.
Que alcances la paz en la tranquila tierra.
Que alcances la paz de las fulgurantes estrellas.
Que alcances la paz de la noche sosegada.
Que la luna y las estrellas derramen sobre ti su curativa luz
y alcances la más profunda paz.

Bendición tradicional gaélica

Asistido por un terapeuta y por una enfermera convenientemente entrenada, el hombre -un psiquiatra de unos treinta años de edad- entró, lenta pero profundamente, en un estado alterado de conciencia y penetró en los rincones más oscuros de su mente. Al principio no advirtió grandes cambios perceptuales y emocionales sino tan sólo leves síntomas físicos -un cierto malestar, escalofríos, un gusto extraño y desagradable en la boca, náuseas y molestias intestinales y ligeros temblores y punzadas- que le hicieron pensar que debía de estar enfermando de gripe.

Cada vez se hallaba más inquieto porque parecía que no ocurría nada y que simplemente se estaba resfriando. Pensó entonces que había elegido equivocadamente el momento de llevar a cabo la experiencia porque creía que estaba a punto de caer enfermo. Luego decidió cerrar los ojos y dedicarse a observar atentamente lo que le ocurría.

En el mismo momento en que cerró los ojos entró en un nivel de conciencia diferente y mucho más profundo, un nivel que le resultaba completamente nuevo. Tenía la extraña sensación de que estaba empequeñeciendo y de que su cabeza era desproporcionadamente más grande que su cuerpo y sus extremidades. Entonces comprendió que lo que anteriormente había temido que fuera una gripe se había convertido en un conjunto de agresiones dañinas. Pero ¡no a un adulto sino a un feto! Se sentía suspendido en un líquido que contenía sustancias -con toda seguridad nocivas y hostiles- que llegaban a su cuerpo a través del cordón umbilical. Podía degustarlas y su sabor era el de un extraño guiso, o sopa rancia, de yodo y sangre en descomposición.

Mientras esto ocurría, su parte adulta -la que se había formado como médico y se sentía orgullosa de su disciplinada visión científica- observaba al feto desde la objetividad que confiere la distancia. El médico sabía que las agresiones tóxicas a su vulnerable estado procedían del cuerpo de su madre. Ocasionalmente reconocía algunas de las sustancias nocivas: especias, ingredientes alimenticios inapropiados para un feto, sustancias derivadas del humo de un cigarrillo, indicios de alcohol. También era consciente de las emociones que experimentaba su madre: en un momento una suerte de esencia química de la ansiedad, de cólera en otro, de sentimientos con respecto al embarazo en un tercero e incluso de la misma excitación sexual.

La idea de que un feto pudiera tener experiencias conscientes desmentía todo lo que había aprendido en la facultad de medicina, pero la posibilidad de que pudiera ser consciente de los matices de la relación que sostenía con su madre durante ese período era, si cabe, más insólita todavía. En cualquier caso, sin embargo, lo cierto es que no podía negar la realidad de esas experiencias. Lo que estaba experimentando contradecía todo lo que «sabía» y su faceta científica comenzó a verse en apuros. Entonces, en lugar de poner en duda la incuestionable validez de su experiencia, tomó la determinación de revisar sus creencias científicas -como había ocurrido tantas veces a lo largo de la historia- y la contradicción se desvaneció.

Tras unos momentos de conflicto, prescindió del pensamiento analítico y aceptó todo lo que le estaba sucediendo. Entonces desaparecieron los síntomas de gripe e indigestión. Le parecía estar conectando con el recuerdo de los períodos apacibles de su vida intrauterina. Su campo visual era claro y brillante y cada vez se hallaba más extasiado. Era como si las múltiples capas de telarañas que enturbiaban su visión se hubieran aclarado y disipado por arte de magia. El escenario que se hallaba ante él se abrió por completo y de pronto se encontró envuelto por una luz resplandeciente y la energía fluía en forma de sutiles vibraciones por todo su ser.

En cierto nivel era un feto experimentando la perfección y beatitud de un buen útero o un recién nacido fundido con el pecho nutricio y dador de vida. En otro nivel, sin embargo, se transformó en el universo entero. Era testigo del espectáculo del macrocosmos y de sus incontables y pulsátiles galaxias. En ciertos momentos contemplaba el espectáculo desde fuera, en otros, por el contrario, se convertía en el mismo espectáculo. Esa perspectiva cósmica resplandeciente y sobrecogedora se entremezclaba con la experiencia de un microcosmos igualmente milagroso, en el que la danza de los átomos y las moléculas daba lugar al surgimiento del mundo bioquímico y al despliegue del origen de la vida y de células individualizadas. Por primera vez en su vida sentía que estaba experimentando el universo tal como es, un misterio insondable, un juego divino de la energía.

confiaenlamarea@gmail.com

Esta compleja y excepcional experiencia perduró durante un tiempo que le pareció eterno. A veces se sentía como un feto tenso y enfermo; en otras, en cambio, experimentaba un estado intrauterino extraordinariamente beatífico y sereno. En ocasiones, las influencias nocivas asumían la forma de los demonios arquetípicos o las criaturas malévolas propias de los cuentos de hadas. Comprendió entonces por qué los niños suelen fascinarse con las historias míticas y sus extraños personajes. Algunas de sus comprensiones eran extraordinariamente importantes. El anhelo de un estado de satisfacción total, como el que puede experimentarse en un buen útero o en un rapto de éxtasis místico, por ejemplo, parece ser la fuerza motivadora última de todo ser humano. Entendió entonces que el final feliz con el que concluyen todos los cuentos de hadas es una expresión de ese anhelo. Comprendió también que el mismo deseo anida en el sueño revolucionario de un futuro utópico, en el impulso creativo que mueve a los artistas a buscar la aceptación y el aplauso y en el ansia de posesiones, estatus y fama. Le resultó entonces evidente que todas ésas eran respuestas al problema fundamental del ser humano. En este sentido, ni siquiera los más espectaculares logros alcanzados en el mundo externo podrán llegar a saciar ese deseo y la necesidad que se halla detrás de él. El único camino para satisfacer ese anhelo es el de volver a conectarnos con esa faceta de nuestro inconsciente. Comprendió entonces súbitamente el mensaje de tantos maestros espirituales de que la única revolución posible consiste en la transformación interior de cada ser humano.

Mientras revivía los recuerdos positivos de su existencia fetal experimentó una sensación de unidad con todo el universo. Ése era *el Tao, el Más Allá Interno, el Tat tvam as¡* (Eso Eres Tú) de los Upanishads. Perdió la sensación de individualidad, su ego se disolvió y se transformó en todo lo existente. A veces esa experiencia era intangible y desprovista de contenido, otras, en cambio, iba acompañada de todo tipo de visiones beatíficas: imágenes arquetípicas del Paraíso, el cuerno de la abundancia, la Edad de Oro o la Naturaleza sin mácula. Se convirtió en pez nadando entre aguas cristalinas, fue mariposa revoloteando sobre las laderas de las montañas, se transformó en gaviota precipitándose sobre la superficie del océano. Fue océano, animal, planta, nube y, a veces, lo fue todo al mismo tiempo.

Luego no sucedió nada concreto, sólo una sensación de unidad con la naturaleza y el universo bañado en una luz dorada cuya intensidad se amortiguaba lentamente. La experiencia finalizó y regresó de mala gana a su estado habitual de conciencia. Mientras esto ocurría, sentía que acababa de atravesar una experiencia trascendente y que jamás volvería a ser el mismo. La armonía y la aceptación era total y tenía una visión global indescriptible de la existencia.

Horas después estaba plenamente convencido de que la experiencia había sido fundamentalmente energética y espiritual y le resultaba difícil volver a aceptar sus viejas creencias sobre la existencia física. Esa misma noche tuvo la profunda sensación de estar curado y completo y de haber regresado a un cuerpo que funcionaba perfectamente bien.

Pero en los meses que siguieron nuestro psiquiatra obtuvo más preguntas que respuestas. Si la experiencia hubiera sido exclusivamente intelectual le hubiera resultado mucho más sencillo olvidarse de todo. Los libros y las películas pueden ayudarnos a comprender intelectualmente ciertas cosas, pero lo que había ocurrido iba mucho más allá de todo eso. Su experiencia había sido fundamentalmente sensorial, plena de sensaciones físicas extraordinarias repletas de extraños contenidos. Había experimentado los aspectos oscuros y luminosos de la vida, había sentido la enfermedad causada por las toxinas que le bombardeaban en el útero y luego, súbitamente, la inexplicable lucidez.

Es evidente que algunos de los datos que experimentó en esos extraños dominios podían proceder de los libros que había leído o de las películas que había visto, pero ¿cómo podemos explicamos la procedencia de sensaciones tan minuciosas como las que vivió? ¿Cómo pudo llegar a percibir las sensaciones características del estadio fetal de su vida? No cabe la menor duda de que su conciencia le estaba proporcionando una información tan asombrosamente detallada, compleja y concreta que jamás antes hubiera soñado que fuera posible. Había sentido la unidad con el universo, el Tao, había experimentado la disolución de su ego y la fusión con toda la existencia. Pero, si todo eso era cierto, se vería obligado a renunciar a las creencias que sostenía anteriormente de que nuestra mente sólo contiene el recuerdo de las situaciones que hemos experimentado de manera inmediata a partir del momento de nuestro nacimiento.

¿Que cómo puedo saber tanto sobre las preguntas que aguijoneaban la mente de este psiquiatra? Lo sé porque acabo de describir mi propia experiencia. Por otra parte, en la investigación profunda de la conciencia estas experiencias no son extrañas ni infrecuentes. Mi caso, por el contrario, constituye un ejemplo más del singular conjunto de experiencias que suelen aparecer en los miles de sesiones similares a los que he asistido en el curso de los últimos treinta años.

Características biológicas y psicológicas de la MPB I

Los rasgos fundamentales de esta matriz y las imágenes que se originan en ella reflejan la simbiosis natural existente entre la madre y el niño durante ese estadio del desarrollo. No conviene olvidar que, en ese período, la conexión biológica y emocional existente entre el feto y la madre es tan estrecha como la que existe entre un órgano y el organismo en que se halla. Durante este período de la vida intrauterina las condiciones que rodean al feto son casi ideales. La placenta proporciona continuamente el oxígeno y los nutrientes necesarios para el crecimiento del feto y se encarga también de eliminar los productos de desecho. El líquido amniótico le protege de los ruidos y los golpes, y el cuerpo de la madre y la temperatura del útero permanecen relativamente estables. Se trata de un entorno seguro y protector en el que todas las necesidades son satisfechas de inmediato sin el menor esfuerzo por su parte.

Esta imagen de la vida intrauterina puede parecer maravillosamente segura pero debemos tener en cuenta que no siempre es así. En el mejor de los casos, las condiciones óptimas sólo son perturbadas ocasionalmente y durante un corto período de tiempo. La madre, por ejemplo puede beber alcohol, fumarse un cigarrillo o comer ciertos alimentos que causen malestar al niño. La madre puede permanecer en un ambiente muy ruidoso o incomodar al niño y a sí misma conduciendo por una carretera llena de baches. También puede enfermar y coger un resfriado o una gripe, como cualquier otra persona. Además, el feto también puede experimentar, en ciertos aspectos, la actividad sexual de la madre, especialmente en los últimos meses del embarazo.

En los casos peores, sin embargo, la vida intrauterina puede resultar extraordinariamente incómoda ya que una infección, una enfermedad endocrina o metabólica o una intoxicación grave de la madre pueden poner seriamente en peligro la supervivencia del feto. También podríamos mencionar la presencia de ciertas «emociones tóxicas», como la ansiedad, la tensión

confiaenlamarea@gmail.com

o los ataques de angustia, por ejemplo. Por otra parte, la tensión laboral, la intoxicación crónica, la adicción o los malos tratos a la madre pueden también influir en la calidad del embarazo. La situación puede llegar a ser tan grave como para terminar desencadenando un aborto espontáneo. No es infrecuente, por último, que, durante el trabajo experiencial profundo, las personas descubran secretos familiares muy bien guardados como, por ejemplo, que no fueron niños deseados o que su madre intentó abortar en los primeros estadios de su vida fetal.

La moderna obstetricia sólo tiene en cuenta aquellas experiencias negativas de la vida fetal que ponen en peligro el desarrollo biológico del organismo. Desde el mismo punto de vista, cualquier trastorno en el desarrollo psicológico del niño se considera como una simple secuela de una lesión orgánica del cerebro. No obstante, las experiencias descritas por quienes han re-experimentado este nivel en estados no ordinarios de conciencia demuestran -de manera incuestionable- que, desde los estadios más primitivos de la vida embrionaria, la conciencia del niño puede verse afectada por un amplio rango de influencias nocivas. Siendo así, deberíamos aceptar que, de la misma manera que existe un «buen pecho» y un «mal pecho», también existen un «buen útero» y un «mal útero». En este sentido, las experiencias positivas del útero desempeñan un papel tan importante en el desarrollo del niño como las experiencias positivas de la lactancia.

Muchas personas que atraviesan por estados no ordinarios de conciencia hablan de manera extraordinariamente vívida de sus experiencias intrauterinas. Se experimentan como seres muy pequeños y con una cabeza desproporcionadamente grande con respecto al cuerpo. Pueden sentir el fluido amniótico que les rodea y, en ocasiones, hasta la misma presencia del cordón umbilical. Si uno conecta con un período de la vida intrauterina en la que no existían perturbaciones, las experiencias están asociadas a un estado de conciencia beatífico en el que no existe la menor dualidad entre sujeto y objeto. Se trata de un estado «oceánico» carente de fronteras en el que no hay diferencia entre nosotros mismos y el organismo materno o el mundo externo que nos rodea.

Esta experiencia fetal puede manifestarse de diferentes maneras. El aspecto oceánico de la vida embrionaria puede fomentar una identificación con formas de vida acuática como ba- llenas, delfines, peces, medusas o hasta algas. La sensación de ausencia de fronteras que experimentamos en el útero materno puede también evidenciarse como «unidad» con el cosmos. En tal caso, uno puede identificarse con el espacio interestelar, con diversos cuerpos celestes, con una galaxia o con la totalidad del universo. Hay personas que se han identificado con astronautas flotando ingrávidos en el espacio, atados a la «nave nodriza» mediante un conducto umbilical «dador de vida».

El hecho de que un buen útero satisfaga incondicionalmente las necesidades del feto proporciona el fundamento biológico para el símbolo de la «Madre Naturaleza», una entidad beatífica, segura y nutricia. En estados no ordinarios de conciencia estas experiencias pueden convertirse en las imágenes maravillosas de lujuriosas islas tropicales, vergeles abarrotados de frutas, campos de maíz en sazón o los opulentos jardines vegetales de las terrazas andinas. También existe la posibilidad de que la experiencia fetal nos conduzca a los dominios arquetípicos del inconsciente colectivo y, en lugar del cielo de los astrónomos o de la naturaleza de los biólogos, nos encontremos en los reinos celestiales y los Jardines del Paraíso de los que nos hablan las mitologías de todas las culturas del mundo. Así pues, el simbolismo característico

de MPB I aparece lógicamente entretejido con elementos fetales, oceánicos, cósmicos, natura- les, paradisíacos y celestiales.

El estado de éxtasis y unidad cósmica

Las experiencias propias de la MPB I están cargadas de asociaciones místicas y suelen experimentarse como algo santo o sagrado, aunque quizás resultaría más adecuado calificarlas -como hacía C.G. Jung para eludir cualquier tipo de connotación religiosa- de numinosas. Este tipo de experiencias va acompañado de la sensación de haber penetrado en una dimensión superior de la existencia. Las experiencias propias de la MPB I suelen tener un importante componente espiritual, al que suele describirse como una sensación profunda de unidad y de éxtasis cósmico, estrechamente ligado a las experiencias que acompañan a un buen útero: paz, tranquilidad, sosiego, alegría y beatitud. En ese estado, nuestra percepción cotidiana del espacio y del tiempo parecen desvanecerse y nos convertimos en un «ser puro». El lenguaje es tan impropio para expresar la esencia de este estado que solemos referirnos a él diciendo que es «indescriptible» o «inefable».

Las descripciones de la unidad cósmica están plenas de paradojas que violan la lógica aristotélica. En la vida cotidiana, por ejemplo, creemos que las cosas no pueden ser y no ser ellas mismas al mismo tiempo, o que no pueden ser nada más que lo que son. «A», por ejemplo, no puede ser «no A» ni tampoco puede ser «B». Una experiencia de unidad cósmica, sin embargo, puede «carecer de contenido y abarcar, al mismo tiempo, a todo lo que es», o también podemos sentir que «carecemos de ego» y experimentar que nuestra conciencia se ha expandido hasta llegar a englobar a todo el universo. Podemos llegar a sentimos humillados y sobrecogidos por nuestra propia insignificancia y tener simultáneamente la sensación de ser extraordinariamente importantes, pudiendo llegar, incluso, en ocasiones, a identificarnos con Dios. Podemos percibirnos a nosotros mismos como existiendo y no existiendo simultáneamente, o percibir vacíos a todos los objetos materiales mientras la vacuidad aparece colmada de formas.

En el estado de unidad cósmica suele experimentarse la posibilidad de acceder de manera directa, inmediata e ilimitada a todo el conocimiento y sabiduría del universo, lo cual no supone, sin embargo, que dispongamos de una pormenorizada información técnica que tenga una aplicación práctica sino que se trata, más bien, de una especie de revelación sobre la naturaleza de la existencia. Estas sensaciones suelen ir acompañadas de la certeza de que este conocimiento es mucho más valioso y «real» que las creencias y percepciones que sostenemos y compartimos en la vida cotidiana. Los antiguos upanishads hindúes se refieren a esta comprensión profunda en los misterios últimos de la existencia cuando hablan de «eso, el conocimiento que nos proporciona el conocimiento de todas las cosas».

El rapto asociado con la MPB I suele describirse como un «éxtasis oceánico». Cuando veamos la sección correspondiente a la MPB III nos encontraremos con una forma de arrebato muy diferente asociada con el proceso de muerte-renacimiento para el que he acuñado el término *éxtasis volcánico*, un salvaje arrebato dionisíaco, la explosión de una enorme cantidad de energía, el fuerte impulso a la actividad febril. La energía oceánica de la MPB I, que podría ser

confiaenlamarea@gmail.com

calificada de apolínea, implica, por su parte, la supresión armónica de todas las fronteras en una clima de sosiego y paz. Con los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil, se manifiesta como una experiencia interna independiente que participa de los atributos que acabamos de describir pero, cuando abrimos los ojos, se transforma en una sensación de fusión, de «ser uno» con todo lo que nos rodea.

En el estado oceánico, el mundo parece ser indescriptiblemente radiante y hermoso. La necesidad de razonar se ve drásticamente atenuada y el universo «deja de ser un rompecabezas que debemos comprender para convertirse en un misterio que debemos experimentar». Todo parece absolutamente perfecto y casi resulta imposible encontrar algo negativo en la existencia. Esta sensación de perfección llega incluso a ser aparentemente contradictoria, como Ram Dass resume muy sucintamente con una frase que escuchó a su gurú del Himalaya: «El mundo es absolutamente perfecto, incluida nuestra insatisfacción y nuestros intentos por cambiarlo». Cuando experimentamos el estado oceánico, el mundo entero parece un lugar acogedor en el que podemos sentirnos seguros y es muy probable, por tanto, que asumamos una actitud infantil, pasiva y dependiente. En ese estado el mal parece efímero, irrelevante e, incluso, inexistente.

La sensación de éxtasis oceánico está estrechamente vinculada con las «experiencias cumbre» de las que hablaba Abraham Maslow, quien las caracterizaba del siguiente modo: una sensación de plenitud, unidad e integración; sin esfuerzo y relajado; completamente nosotros mismos; utilizando plenamente todas nuestras capacidades; libres de bloqueos, inhibiciones y miedos; espontáneos y expresivos; en el aquí y el ahora; psiquismo y espíritu puro; sin deseos ni necesidades; al mismo tiempo infantiles y maduros y con una gracia que se halla mucho más allá de las palabras. Mis observaciones sobre el éxtasis oceánico son el fruto de un trabajo experiencial de regresión mientras que las descripciones de Maslow, por su parte, provienen de su estudio de las experiencias cumbre espontáneas que tienen lugar en la vida adulta. El estrecho paralelismo existente entre ambas sugiere que la raíz de algunas de nuestras motivaciones más poderosas se remonta a una etapa vital mucho más remota de lo que los psicólogos han considerado posible hasta ahora.

La agonía de un «real útero»

Hasta ahora hemos explorado el complejo simbolismo asociado con el «buen útero», las experiencias intrauterinas apacibles. Las perturbaciones prenatales, por su parte, tienen sus propias características distintivas y, a menos que sean muy extremas -como el peligro de muerte, el intento de aborto o una grave intoxicación, por ejemplo-, sus síntomas suelen ser relativamente leves. Se trata de experiencias notablemente diferentes a las desagradables y dramáticas manifestaciones asociadas con el proceso del nacimiento (como las imágenes de guerras, escenas sadomasoquistas, sensaciones de ahogo, dolor y presión insoportables, violentos temblores y contracción espástica de los grandes músculos). La mayor parte de los problemas de la vida intrauterina tienen que ver con agresiones químicas y, por consiguiente, los temas predominantes están relacionados con la naturaleza inhóspita y contaminada, el envenenamiento y peligrosas influencias malignas.

La cristalina transparencia del océano puede enturbiarse y transformarse en algo sombrío y ominoso repleto de todo tipo de peligros subacuáticos ocultos. Algunos de ellos pueden percibirse como criaturas de naturaleza grotesca, como presencias demoníacas de aspecto aterrador, amenazante y malvado. Uno puede identificarse con peces y otras formas de vida acuática amenazadas por la contaminación industrial de los ríos y de los océanos o como embriones de pollo antes de la incubación amenazados por su propios productos de desecho. De manera similar, la visión de un cielo cuajado de estrellas característica de las experiencias relacionadas con un buen útero pueden verse súbitamente empañada por la niebla y por la bruma. Las perturbaciones visuales se parecen a las imágenes distorsionadas de las pantallas de televisión en mal estado.

También son propias de un mal útero las escenas de residuos industriales, guerras químicas, vertidos tóxicos que contaminan el aire y la identificación con prisioneros que mueren en las cámaras de gas de los campos de concentración. Uno también puede sentir la presencia casi tangible de entidades malévolas, influencias extraterrestres y fuerzas astrológicas. En tal caso, la disolución de las fronteras -que en los episodios de vida intrauterina sin perturbaciones conlleva una sensación de unión mística con el mundo- se transforma en una sensación de desconcierto y amenaza que nos hace sentir vulnerables a los ataques del mal y, en caso extremo, puede terminar conduciendo a una distorsión paranoide de nuestra percepción del mundo.

En los dominios de la experiencia transpersonal

Como ya hemos visto en el relato que iniciaba este capítulo, el mundo prenatal propio de las MPB I suele servir de puerta de entrada a los dominios transpersonales del psiquismo que describiremos detalladamente más adelante. Aunque nos identifiquemos con las experiencias de un buen o de un mal útero, podemos también experimentar fenómenos transpersonales específicos que comparten ciertas emociones y sensaciones físicas con esos estados. A veces estas experiencias pueden remontarse muy atrás en el tiempo y referirse a episodios de la vida de nuestros ancestros -humanos o animales- y secuencias y flashbacks kármicos procedentes de otros períodos de la historia humana. En otras ocasiones, por último, podemos trascender las fronteras que nos hacen sentir separados del resto del mundo y llegar a fundirnos con personas, grupos, animales, plantas e, incluso, procesos inorgánicos.

Entre todas estas experiencias destacan, por su especial interés, los encuentros con diversas entidades arquetípicas, particularmente las deidades beatíficas o airadas. El estadio del éxtasis oceánico suele ir acompañado de la visión de deidades bondadosas, como la Madre Tierra y otras Grandes Diosas Madres, el Buda, Apolo, etcétera. Por otra parte, como ya mencionábamos anteriormente, las perturbaciones de la vida intrauterina suelen ir acompañadas de imágenes de demonios procedentes de diferentes culturas. En el trabajo experiencial avanzado, los participantes suelen tener revelaciones que favorecen la integración de la experiencia de un buen útero y de un mal útero y una comprensión profunda que les permite descubrir la función que cumplen todas estas deidades en el orden cósmico.

confiaenlamarea@gmail.com

Ilustremos ahora la integración entre el buen y el mal útero, con algunas de las notas aportadas por Ben, un hombre que, mientras revivía experiencias de su vida intrauterina, nos habló de su encuentro con seres arquetípicos que le permitieron comprender ciertos aspectos característicos de las deidades y demonios propios de los panteones hindúes y tibetanos. Ben comprendió súbitamente la relación existente entre el estado de Buda sedente sobre un loto en postura de meditación profunda y la situación que experimenta un feto en un buen útero. La paz, tranquilidad y gozo del Buda, aunque no idéntica a la beatitud del feto, comparte con él ciertas características, por decirlo así, «en una octava superior». Los demonios que rodean al Buda y que suelen acechar su paz en las estampas hindúes y tibetanas le parecieron también una representación adecuada de las perturbaciones que pueden acompañar a las MPB I.

Ben distinguió dos tipos de demonios, los demonios agresivos, feroces y sedientos de sangre (representados con dientes, puñales y lanzas), que simbolizan los peligros y sufrimientos que acompañan al proceso del nacimiento biológico, y los demonios insidiosos, aterradores y traicioneros, que simbolizan las influencias nocivas de la vida intrauterina. En otro nivel diferente, Ben también experimentó lo que no dudó en interpretar como recuerdos de reencarnaciones pasadas. En su opinión, ciertos elementos de su «mal karma» habían entrado en su vida en forma de perturbaciones embrionarias, el trauma del nacimiento y las experiencias negativas asociadas con la lactancia y comprendió que las experiencias de un «mal útero», del trauma del nacimiento y de un «mal pecho» eran los puntos cruciales a través de los cuales las influencias kármicas del pasado llegaban a afectara su vida presente.'

Los aspectos psicológicos y espirituales de las MPB I suelen ir acompañados de determinados síntomas físicos. Así, mientras que las experiencias de un buen útero confieren una sensación profunda de salud y bienestar fisiológico, la reviviscencia de traumas intrauterinos, por su parte, conlleva una diversidad de manifestaciones físicas desagradables, las más comunes de las cuales son los síntomas que suelen acompañar a un resfriado o una gripe, dolores musculares, escalofríos, ligeros temblores y una sensación de malestar general. Igualmente frecuentes son los síntomas asociados a la resaca, como dolor de cabeza, náuseas, malestar intestinal y gases. Estas sensaciones pueden ir acompañadas de un gusto desagradable en la boca que las personas describen de diferentes modos como sangre en descomposición, yodo, sabor metálico o, más simplemente, «veneno». Nuestro intento de confirmar este tipo de experiencias nos ha llevado a descubrir que, en tales casos, la madre estaba enferma durante el embarazo, tenía hábitos alimenticios inadecuados, trabajaba o vivía en ambientes tóxicos o era adicta al alcohol o las drogas.

Donde se funden las experiencias adultas y perinatales

Además de todos los aspectos que acabamos de mencionar, las MPB I suelen estar asociadas a ciertos recuerdos de la vida postnatal. Los aspectos positivos de esta matriz representan el fundamento natural sobre el que se apoyan todas las experiencias agradables de nuestra vida (sistemas COEX positivos). Durante el trabajo experiencial sistemático, la gente suele descubrir la profunda relación existente entre el éxtasis oceánico de las MPB I y los recuerdos de los períodos felices de la infancia y la adolescencia, como el juego despreocupado y gozoso con compañeros o ciertos episodios armoniosos de la vida familiar. Las relaciones positivas,

los amores intensos y las relaciones sexuales placenteras también suelen estar asociados a períodos positivos de la vida fetal. En el trabajo experiencial profundo, las personas suelen comparar el éxtasis oceánico que acompaña a un buen útero con ciertas formas de rapto que podemos experimentar durante la vida adulta.

La contemplación de escenarios naturales de gran belleza -como, por ejemplo, el esplendor de un amanecer o de un crepúsculo, la pacífica majestad del océano, la imponente grandeza de una montaña coronada de nieve o la mística de la aurora boreal- puede reestimular muchas de las experiencias asociadas a esta matriz. Del mismo modo, el misterio insondable de un cielo estrellado contemplado junto a una gigantesca sequoia de tres mil años de edad o la exótica hermosura de las islas tropicales puede evocar también sensaciones muy próximas a las de la MPB I. Por otra parte, este tipo de estados mentales también pueden ser reestimulados por creaciones humanas estética o artísticamente inusuales, como la música inspirada, las grandes pinturas o las espectaculares edificaciones de los antiguos palacios, catedrales o pirámides. En las sesiones en las que predomina la primera matriz perinatal todas estas imágenes suelen emerger de manera espontánea.

Del mismo modo que las experiencias positivas de la vida adulta pueden ponernos en contacto con los recuerdos de un buen útero, las experiencias negativas, por su parte, son capaces de despertar el recuerdo de las perturbaciones de la vida intrauterina. En tal caso podemos descubrir las molestias gastrointestinales asociadas a una intoxicación alimenticia o la resaca y el malestar asociados a una infección vírica. La contaminación del aire y del agua y la ingestión de diversos tipos de tóxicos son también factores desencadenantes. Indirectamente, las imágenes de contaminación de la naturaleza, de vertidos industriales y de depósitos de chatarra pueden producir el mismo efecto. Las experiencias submarinas suelen también constituir un poderoso recordatorio de la vida intrauterina. La inocente belleza de un arrecife de coral con sus coloridos peces tropicales pueden despertar las sensaciones del éxtasis oceánico del útero y, por el contrario, nadar entre aguas turbias y contaminadas o encontrarse con peligros submarinos pueden recrear la constelación psicológica que acompaña a un mal útero. Desde este punto de vista, en las últimas décadas el ser humano ha modificado considerablemente la biosfera de nuestro planeta en la dirección de un mal útero.

Comienza una nueva fase

Pero sea lo que fuere lo que hayamos experimentado en el útero, esa situación llega a su fin a partir de un determinado momento. El feto debe sufrir la transición de un organismo acuático simbiótico a una forma de existencia completamente diferente. Aun en el caso de tratarse de un parto sin problemas, ésta constituye una verdadera prueba de fuego, un verdadero viaje épico plagado de peligros físicos y emocionales. En el momento en que comienza el parto el universo intrauterino del feto se ve seriamente perturbado. Los primeros signos de esta perturbación son muy sutiles y consisten en ligeros cambios hormonales. Con la aparición de las primeras contracciones, sin embargo, estos cambios son cada vez más intensos y dramáticos. El feto comienza entonces a experimentar una intensa sensación de malestar físico y una situación de extrema alarma. Con las primeras señales del comienzo del proceso del nacimiento, la conciencia del feto penetra en un conjunto de experiencias completamente diferentes a

confiaenlamarea@gmail.com

lo que ha conocido hasta ese momento, las experiencias asociadas a la MPB II -la pérdida del universo amniótico y el comienzo del proceso del nacimiento-, una fase del temprano drama de la vida que será el objeto del siguiente capítulo.

3. LA EXPULSIÓN DEL PARAÍSO: MPB II

Los dolores corporales eran tan insoportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, (...) no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que había de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada, en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento que yo no sé cómo lo encarecer.

SANTA TERESA DE ÁVILA, *Vida*

Apenas comenzó la sesión se encontró en el despreocupado universo de un niño satisfecho. Todas sus percepciones, sentimientos y sensaciones eran infantiles. La experiencia era tan real y auténtica que incluso salivaba y eructaba y sus labios realizaban movimientos involuntarios de succión. De tanto en tanto, sin embargo, estas imágenes se entremezclaban con escenas tensas y conflictivas del mundo de los adultos. El contraste entre el sencillo mundo del niño y las dificultades de la vida adulta le resultaba doloroso y parecía despertar en él el deseo profundo de volver a la primitiva felicidad infantil. Presenció imágenes de asambleas religiosas, mítines políticos y multitudes buscando la seguridad que proporcionan las organizaciones y las ideologías. Entonces comprendió súbitamente que lo que todos ellos albergaban en su interior era el anhelo de regresar a la experiencia primal de éxtasis oceánico que él acababa de revivir en el útero y en el pecho de su madre.

El clima era cada vez más ominoso y parecía plagado de amenazas ocultas. La habitación comenzó a dar vueltas y pronto se vio arrastrado hasta el mismo centro de un turbulento remolino. Recordó entonces la sobrecogedora descripción de una situación similar hecha por Edgard Allan Poe en Descenso al Maélstrom. Todos los objetos de la habitación parecían girar a su alrededor y de pronto apareció en su mente otra imagen literaria, el ciclón de El mago de Oz, de Franz Baum, que aparta a Dorothy de su monótona vida en Kansas y la arrastra a través de un insólito viaje plagado de aventuras. Esta experiencia era indudablemente similar a la entrada en la madriguera del conejo de Alicia en el País de las Maravillas y estaba impaciente por descubrir el mundo que encontraría del otro lado del espejo. Todo el universo parecía colapsarse sobre él y no podía hacer nada para atajar la sensación apocalíptica de ser tragado.

Cuanto más penetraba en el laberinto de su inconsciente, mayor era su ansiedad, rayana ya en el pánico. Todo era tenebroso, opresivo y aterrador. Era como si soportara el peso del mundo entero y sentía una enorme presión hidráulica que amenazaba con hacer estallar su cráneo y convertir su cuerpo en una partícula minúscula y extraordinariamente densa. El malestar se convirtió en dolor y el dolor terminó transformándose en agonía. El tormento era tan intenso que sentía como si cada célula de su cuerpo estuviera siendo perforada con el taladro de un dentista diabólico.'

confiaenlamarea@gmail.com

El útero absorbente

El relato anterior ilustra la forma en que un adulto puede revivir las primeras fases del proceso del nacimiento y también muestra que el recuerdo de ser expulsado del útero y atravesar el difícil canal del nacimiento puede entremezclarse con ciertas situaciones adultas que comparten características similares. El fundamento biológico de la MPB II descansa en la última etapa de la vida intrauterina y en la aparición de las primeras contracciones. Al comienzo, los cambios son fundamentalmente químicos, pero luego adquieren una naturaleza predominantemente mecánica, de modo que las señales hormonales y los cambios bioquímicos en los organismos de la madre y del niño que anuncian el comienzo del parto son pronto acompañados por una intensa actividad muscular uterina.

Así pues, el mismo útero que durante el embarazo normal es relativamente amable y previsible comienza a sufrir fuertes contracciones periódicas. A partir de ese momento, el mundo del feto se hace cada vez más opresivo y apremiante causando ansiedad y un gran malestar físico. Cada contracción comprime las arterias uterinas y dificulta el intercambio de sangre entre la madre y el feto. Se trata de una situación muy alarmante para el feto porque supone una interrupción del suministro de oxígeno y de alimento vital, y la ruptura definitiva de ciertas conexiones muy importantes con el organismo materno. En ese momento, el cuello del útero permanece todavía cerrado. De este modo, las contracciones -con la cérvix cerrada- y los cambios bioquímicos desfavorables terminan combinándose para crear un entorno tan doloroso y amenazante como para provocar en el feto la sensación de que no existe ningún modo de escapar de la situación. No es de extrañar, pues, que, en esta matriz, la muerte y el nacimiento se hallen tan estrechamente relacionados.

El lapso de tiempo durante el cual el feto permanece en este difícil callejón sin salida varía considerablemente de persona en persona. Para algunos consiste en unos pocos minutos, para otros, en cambio, dura varias horas. La sensación de sentirse atrapado es habitual antes de la apertura del cuello del útero pero, en ciertos casos, el proceso del nacimiento puede verse perturbado incluso en estadios posteriores. Existen una serie de posibles problemas adicionales que impiden el desarrollo normal del parto: la pelvis de la madre puede ser demasiado estrecha, las contracciones del útero demasiado débiles o la placenta puede bloquear la apertura del útero; en otras ocasiones, en cambio, el niño es demasiado grande o yace en una posición irregular que perturba el proceso del nacimiento. Todas estas circunstancias pueden convertir el ya difícil proceso del nacimiento en algo todavía más traumático de lo normal. Obviamente, en las sesiones experienciales en las que la persona revive su propio nacimiento podemos encontrarnos con todos los elementos que acabamos de mencionar.

Pero los factores biológicos no son los únicos que determinan nuestra experiencia de esta matriz perinatal. Los informes de quienes han participado en sesiones y talleres de terapia experiencial profunda indican que también es posible revivir el miedo y la confusión de una madre inexperta, de una madre negativa o de una madre muy ambivalente con respecto al niño. Pareciera así como si las emociones contradictorias de la madre pudieran obstaculizar la interacción fisiológica normal entre las contracciones del útero y la apertura del cuello de la matriz, lo cual, a su vez, puede perturbar, prolongar o complicar la dinámica natural del proceso del nacimiento.

Atrapado en un inundo hostil

Desde un punto de vista subjetivo, el hecho de revivir el comienzo del parto va acompañado de una gran ansiedad y de una sensación de inminente peligro de muerte. Pareciera como si todo el universo se hallara amenazado por un peligro misterioso que eludiera todos nuestros esfuerzos por identificarlo. Al comienzo se trata de una serie de cambios de naturaleza química que pueden experimentarse como una enfermedad o una intoxicación y, en casos extremos, la persona puede llegar a experimentar la paranoia o el miedo de hallarse realmente en peligro. El intento del sujeto de encontrar una explicación a esta situación amenazante puede llevarle a atribuirla a venenos, radiaciones electromagnéticas, fuerzas malignas, organizaciones secretas o incluso influencias extraterrestres. En este sentido, una de las causas fundamentales de los estados paranoicos parece residir en la emergencia espontánea de recuerdos de perturbaciones intrauterinas o de trastornos que acompañan al comienzo del proceso del parto.

A medida que esta experiencia amenazadora prosigue y se intensifica, la persona puede llegar a percibir un gigantesco remolino que la arrastra implacablemente hacia su centro. También puede parecer que la tierra se agrieta y se traga al involuntario aventurero, arrastrándolo hasta los oscuros laberintos de un aterrador mundo subterráneo. Otra versión de la misma sensación puede ser la de sentirse devorado por un monstruo arquetípico o caer en los tentáculos de un pulpo gigantesco o en la red de una enorme tarántula. La experiencia puede adquirir proporciones tan inverosímiles que no sólo puede afectar al sujeto sino a todo el mundo. En tal caso, el clima general que la acompaña es el de un incidente apocalíptico que destruye la paz del mundo intrauterino y transforma la libertad oceánica y cósmica del feto en una trampa aterradora y en la sensación abrumadora de ser dominado por fuerzas externas desconocidas.

La persona que experimenta plenamente una MPB II se siente atrapada y prisionera de una pesadilla claustrofóbica. El campo visual se torna sombrío y amenazante y el clima general es el de un sufrimiento físico y emocional insoportable. Simultáneamente, el sujeto pierde toda noción del tiempo lineal y lo que ocurre parece que no vaya a finalizar nunca. Quien se halla bajo la influencia de la MPB II conecta de manera exclusiva con los aspectos más desalentadores de la existencia humana y su psiquismo se vuelve agudamente consciente de los rincones más oscuros, negativos y desagradables del universo. El planeta se convierte entonces en un lugar apocalíptico lleno de terror, sufrimiento, guerras, epidemias, accidentes y desastres naturales. Al mismo tiempo, también le resulta imposible apreciar alguna de las cualidades positivas de la existencia, como el amor, la amistad, el arte, los descubrimientos científicos o la belleza de la naturaleza. Alguien que esté atravesando este estado puede contemplar, por ejemplo, a unos niños jugando y pensar de inmediato en esas mismas personas ya ancianas, o mirar una hermosa rosa y pensar en lo poco que tardará en marchitarse.

La MPB II suscita una conexión casi mística con el sufrimiento del mundo y lleva al sujeto a identificarse con la víctima, el pisoteado y el oprimido. En los estados no ordinarios de conciencia gobernados por esta matriz nos identificamos con los millones de hombres y de mujeres que han muerto a lo largo de todas las guerras que han asolado a la humanidad, con los prisioneros que han sufrido o muerto en las mazmorras, en las cámaras de tortura, en los campos de concentración o en los manicomios de todo el mundo. Los temas más frecuentemente asociados con esta matriz son las escenas de dolor, hambruna y escasez y los peligros del

confiaenlamarea@gmail.com

frío, el hielo y la nieve, lo cual podría estar relacionado con el hecho de que las contracciones dificultan el flujo de sangre, alimento y calor desde el organismo materno hasta el feto. Otro aspecto característico de la MPB II es el clima deshumanizado, grotesco y extraño del mundo propio de los autómatas, los robots y los artilugios mecánicos. Las imágenes de anormalidades humanas, de monstruos de feria y el inundo frívolo y superficial de los cabarets también corresponden al simbolismo característico de la segunda matriz perinatal.

La MPB II suele ir acompañada de una serie de manifestaciones físicas muy diversas. Todas ellas implican tensión corporal y una postura que expresa la sensación de encontrarse atrapado en una lucha inútil. El sujeto puede sentir una gran opresión en la cabeza y en el cuerpo, pesadez en el pecho y diferentes combinaciones de dolor físico intenso. La cabeza se mantiene inclinada hacia adelante, con la mandíbula apretada y el mentón presionado contra el pecho; los brazos suelen también plegarse sobre el pecho con las manos apretando fuertemente los pulgares. Es frecuente también que las rodillas estén dobladas y las piernas permanezcan completamente flexionadas completando la imagen de la posición fetal. La congestión de la sangre en los capilares cutáneos también suele favorecer la aparición de manchas rojas en diferentes partes del cuerpo.

Donde se unen el comienzo y el final

Quienes establecen contacto con la MPB II tienden a considerar la existencia humana como algo completamente futil. Quizás sientan eso porque consideren que todo es impermanente y que, por tanto, la vida carece de todo sentido y cualquier objetivo es ingenuo, vacío y, a fin de cuentas, un engañoso desatino. Desde esta perspectiva, cualquier esfuerzo, ambición o sueño futuro está condenado necesariamente al fracaso. En los casos extremos, el ser humano aparece como una víctima que sostiene una lucha quijotesca contra fuerzas desproporcionadamente superiores en la que no tiene la menor probabilidad de salir victorioso.

En el momento del nacimiento nos vemos arrojados a este mundo sin tener la menor posibilidad de elección. De lo único que podemos estar seguros es de que un día moriremos. Hay un antiguo refrán latino que expresa de manera sucinta la condición del ser humano: Mors certa, hora incerta (La muerte es segura, lo único que ignoramos es la hora). El espectro de la muerte ronda sobre nuestras cabezas recordándonos de continuo la impermanencia de todas las cosas. Llegamos a este mundo desnudos de toda posesión, en medio del dolor y de la angustia, y es así como lo abandonaremos. Y hagamos lo que hagamos por modificar esta ecuación fundamental jamás lograremos alterar un ápice el resultado.

Las experiencias propias de este nivel suelen revelar la profunda relación existente entre el dolor que acompaña al proceso del nacimiento y el de la muerte. Darse cuenta de la similitud existente entre estas dos situaciones comporta una sensación profunda de nihilismo y crisis existencial, lo cual resulta evidente en la falta de sentido de la vida y la futilidad de cualquier intento de cambiarla. Ante el momento de la muerte, la vida de poderosos reyes, de ilustres caudillos militares, de atractivas estrellas de cine o de cualquier persona que haya logrado la fama y la fortuna no difiere, en modo alguno, de la de cualquiera de nosotros. Esta profunda revelación existencial -que suele acompañar a la experiencia de revivir esta matriz- es la que

da sentido a expresiones tales como: «Polvo eres y en polvo te convertirás» o «Entonces se desvanecerá toda la gloria de este inundo».

Emociones individuales y reflexiones culturales sobre la MPB II

Es fascinante advertir el profundo paralelismo existente entre la impronta que dejan en la conciencia del ser humano las sensaciones y percepciones propias del estadio de no salida del nacimiento y la filosofía y la obra de existencialistas tales como Sóren Kierkegaard, Albert Camus y Jean Paul Sartre, por ejemplo. Estos filósofos sentían y expresaban de manera dolorosa- mente vívida los temas fundamentales de esta matriz sin llegar a ser capaces de vislumbrar la única solución posible, la apertura y la trascendencia a las dimensiones espirituales. Las personas que conectan con elementos de su psiquismo vinculados con la MPB II comprenden que la filosofía existencial refleja de manera magistral la impotencia y el sin sentido propios de este estado. El mismo Sartre tituló con el nombre “A puerta cerrada” una de sus más famosas obras. Merece la pena señalar que Sartre tuvo una importante -y mal resuelta- experiencia con una sustancia psicodélica, la mescalina, el alcaloide activo del peyote, un cactus mexicano que los nativos utilizan ritualmente de modo sacramental. Las notas que tomó el mismo Sartre sobre esta sesión indican claramente su profunda vinculación con experiencias relacionadas con la MPB II.

Las personas que padecen síntomas tales como depresión profunda, pérdida de iniciativa, falta de sentido, falta de interés por la vida e incapacidad de disfrutar suelen estar bajo el fuerte influjo de esta faceta del inconsciente. Lo mismo ocurre con aquellos que, si bien no han experimentado una depresión clínica, conocen, sin embargo, sensaciones similares ligadas a la separación, la alienación, la impotencia, la desesperación e, incluso, la soledad metafísica. Además, muchos de nosotros conocemos la sensación de inferioridad y culpa que suele acompañar a aquellas situaciones o circunstancias de nuestra vida que parecen confirmar nuestra inutilidad, nuestra cobardía o nuestra maldad. Por otra parte, cuando pasa el tiempo y tenemos la suficiente distancia como para ver nuevamente las cosas con objetividad, solemos darnos cuenta de que estos sentimientos eran completamente desproporcionados con respecto a los acontecimientos que los desencadenaron. No obstante, en el mismo momento en que las experimentamos, estamos plenamente convencidos de que estas emociones son adecuadas y de que están plenamente justificadas aunque alcancen la dimensión metafísica del pecado original. En tales casos, no tenemos siquiera en cuenta la posibilidad de que estos sentimientos hundan sus raíces en los tempranos engramas que dejó la MPB II en nuestra conciencia.

Las experiencias propias de la MPB II suelen caracterizarse por la siguiente tríada: miedo a la muerte, miedo a no regresar y miedo a enloquecer. Ya hemos hablado del tema de la muerte, que suele ir acompañado de la sensación de que nuestra vida se halla seriamente en peligro. Una vez que este sentimiento está presente, la mente es capaz de fabricar multitud de respuestas para tratar de hallar una «explicación» racional a lo que ocurre: la proximidad de un ataque cardíaco, el efecto de una «sobredosis» en el caso de acompañar a la ingesta de una droga psicodélica, etcétera. El hecho es que la memoria celular del nacimiento puede emerger en la conciencia presente con tal intensidad que la persona llegue a creer sin ningún género de dudas que se halla en peligro inminente de muerte.

confiaenlamarea@gmail.com

La pérdida de toda sensación de tiempo lineal asociada a esta matriz puede llevar al sujeto a la convicción de que su tormento será eterno, una conclusión que está basada en la errónea noción -que también encontramos en las principales religiones- de que la eternidad es un intervalo de tiempo de reloj más que una experiencia de lo atemporal, es decir, la experiencia de estar por completo fuera del tiempo. La sensación de desesperación y la preocupación por «no regresar jamás» constituye una característica experiencia) asociada a la MPB II que no tiene, sin embargo, el menor valor predictivo en relación con el resultado de la experiencia. Paradójicamente, la forma más rápida de salir de esta situación consiste en la aceptación plena de la desesperación y en el reconocimiento consciente de las sensaciones originales del feto.

El mundo propio de la MPB II -con sus sensaciones de peligro inminente, de engolfamiento cósmico, de carencia de sentido, de percepción grotesca del mundo y de pérdida de toda sensación de tiempo lineal- es tan diferente de nuestra realidad cotidiana que podemos llegar a creer que estamos al borde de la locura. En tal caso, el sujeto experimenta la pérdida de todo control mental y está convencido de que ha ido más allá de la raya y está en peligro de sufrir un ataque psicótico. Es posible que la comprensión intelectual de que la forma extrema de esta experiencia sólo refleja el trauma de los estadios iniciales del nacimiento nos ayude a superar la situación. Una versión más moderada de esta misma experiencia es la convicción de que nuestra incursión en la MPB II nos ha proporcionado una comprensión tan clara y decisiva de la falta de sentido de la existencia que ya nunca más volveremos a ser capaces de engañarnos lo suficiente como para funcionar eficazmente en este mundo.

La imaginería espiritual y la comprensión ligada a la MPB II

Al igual que ocurre con la primera matriz perinatal, la MPB II también tiene un rica dimensión espiritual y mitológica. Las culturas de todo el mundo están llenas de imágenes arquetípicas que expresan la cualidad propia de las experiencias que pertenecen a esta categoría. Las imágenes del infierno y del mundo subterráneo que nos ofrecen la mayor parte de las culturas, por ejemplo, constituyen un motivo característico de un insoportable sufrimiento físico y emocional que parece interminable. Aunque sus pormenores concretos puedan diferir de un grupo cultural a otro, la mayoría de estas imágenes comparten, sin embargo, ciertas características comunes y representan el contrapunto negativo y el opuesto polar de los diferentes paraísos que hemos discutido al hablar de la MPB I. El clima de este lóbrego mundo subterráneo es opresivo y, en él, la naturaleza está ausente o se halla degradada, contaminada o presenta una apariencia peligrosa: ciénagas, ríos hediondos, árboles infernales con venenosos frutos, regiones polares, lagos de fuego y ríos de sangre. En este mundo, uno puede presenciar o padecer torturas o agudos dolores infligidos por demonios armados con dagas, lanzas u horcas, hervir en calderos o congelarse en regiones heladas, o sentirse estrangulado y triturado. En el infierno no hay más que emociones negativas: miedo, desesperación, impotencia, culpabilidad, caos y confusión.

La condena y el suplicio eterno propio de esta matriz peri- natal suelen estar representados por importantes figuras arquetípicas. Los antiguos griegos parecían estar en estrecho contacto con esta dimensión. Sus tragedias, que giraban en torno a maldiciones insuperables, a pecados que se transmitían de una generación a la siguiente y a la imposibilidad de escapar del

propio destino, reflejan de manera muy precisa la atmósfera propia de la MPB II. Los personajes de la mitología griega que simbolizan tormentos eternos alcanzan proporciones épicas. La imagen de Sísifo en las profundidades del infierno tratando inútilmente de subir una enorme piedra a lo alto de una montaña que caía cada vez que asomaba la más leve esperanza de que estaba progresando; la rueda incandescente y giratoria a la que permanece atado Ixion por toda la eternidad en las entrañas del mundo subterráneo; el suplicio de Tántalo, condenado a padecer hambre y sed mientras permanece de pie en un estanque de aguas cristalinas con un apetitoso racimo de uvas pendiendo sobre su cabeza y el encadenamiento de Prometeo a una roca, torturado por un buitre que se alimenta de su hígado, son ejemplos muy ilustrativos de lo que acabamos de decir.

En la literatura cristiana, la MPB II se ve reflejada en la «noche oscura del alma» de la que nos hablan místicos como San Juan de la Cruz, quien la consideraba un estadio fundamental del proceso de desarrollo espiritual. También resulta especialmente relevante, en este sentido, la historia de Adán y Eva, su expulsión del Paraíso y el origen del pecado original. El Génesis se refiere a esta situación ligada al nacimiento y al trabajo cuando dice, por boca de Dios: «Parirás con dolor y ganarás el pan con el sudor de tu frente». La historia del Ángel Caído, por su parte, refleja la pérdida del reino de los cielos que conlleva la instauración de la polaridad entre el cielo y el infierno. Las descripciones cristianas del infierno están estrechamente relacionadas con las experiencias propias de la MPB II.

En los estados no ordinarios de conciencia muchas personas comprenden que las enseñanzas religiosas sobre el infierno tienen que ver con experiencias propias de la MPB II, lo que confiere un halo de verdad a conceptos teológicos que, de otro modo, resultarían incomprensibles. La relación con estos remotos recuerdos inconscientes podría explicar la razón por la cual las imágenes del infierno y del mundo subterráneo ejercen una influencia tan poderosa tanto sobre los niños como sobre los adultos. La descripción bíblica de las angustiosas pruebas a las que Dios sometió a Job y el martirio, la desesperación, la humillación y la crucifixión de Cristo también se hallan estrechamente relacionadas con la MPB II.

El simbolismo clásico utilizado por la literatura espiritual budista para referirse a la MPB II es la historia de las «Cuatro Visiones de la Impermanencia» de la vida del Buda, donde se habla de los cuatro hechos determinantes de su decisión de abandonar a su familia y la vida palaciega para dedicarse a buscar la iluminación. En uno de sus viajes fuera de la ciudad presenció cuatro escenas que le conmovieron de una manera indeleble. La primera de ellas -que representa su encuentro con la vejez- fue el hecho de tropezar con un hombre decrépito que tenía los dientes rotos, el pelo cano gris y caminaba con el cuerpo encorvado. La segunda representa su descubrimiento de la enfermedad, y tuvo lugar cuando vio a una persona que yacía en una zanja junto a la carretera. La tercera -que representa su comprensión plena de la existencia de la muerte y de la impermanencia- tuvo lugar al encontrarse con un cadáver. La última visión fue su encuentro con un monje de pelo rapado vestido con una túnica azafrán que parecía irradiar una sensación de paz que estaba más allá de todo sufrimiento. Así pues, la súbita toma de conciencia de la impermanencia de la vida, del hecho incuestionable de la muerte y de la existencia del sufrimiento, dieron al Buda el impulso necesario para renunciar al mundo y emprender su propio viaje espiritual.

confiaenlamarea@gmail.com

Durante el trabajo experiencial con la MPB II, las personas suelen atravesar crisis similares a las que pasó el Buda durante las «Cuatro Visiones de la Impermanencia». En estos casos, el inconsciente de la persona proporciona las imágenes de vejez, enfermedad, muerte e impermanencia que abocan a la crisis existencial. Entonces el sujeto experimenta la futilidad de una vida limitada a los placeres superficiales y a los objetivos mundanos y carente de espiritualidad. Esta revelación constituye un paso importante hacia la dimensión espiritual que comienza con la apertura de la cérvix y la consiguiente apertura del callejón sin salida propio de la MPB II.

Expresiones artísticas de la MPB II

Nuestros pacientes suelen referirse al Infierno de Dante como una descripción dramática de la MPB II y consideran que La divina comedia constituye el relato de un viaje de transformación y de apertura espiritual. Otras obras de arte que también transmiten este mismo clima son las novelas de Franz Kafka -que reflejan una culpabilidad y una angustia insondable-, las novelas de Fyodor Dostoyevski -llenas de sufrimiento, enajenación y una absurda crueldad- y ciertos pasajes de los escritos de Emile Zola en los que describe los aspectos más lúgubres y repulsivos de la naturaleza humana. Determinados cuentos de horror de Edgard Allan Poe, como El foso y el péndulo, por ejemplo, también contienen elementos propios de esta matriz. Las maldiciones del holandés y del judío errante Asvero, condenados a vivir y vagar eternamente hasta el fin de los tiempos, son otros ejemplos relevantes de la MPB II en el mundo de la literatura.

Entre las imágenes pictóricas que reflejan la atmósfera de la MPB II debemos mencionar las ilustraciones de los infiernos cristiano, musulmán y budista y las representaciones de las escenas del Eccehomo, el Calvario y la crucifixión de Jesús, por ejemplo. El mundo extraño y las criaturas de pesadilla de Hyeronimus Bosch (El Bosco), los grabados de los desastres de la guerra de Francisco de Goya y muchas imágenes surrealistas también pertenecen obviamente a esta categoría. Especial mención merecen las imágenes de Hansruedi Giger, un artista suizo que es un verdadero talento del reino perinatal. Su imaginería oscila entre la MPB II y la MPB III (que discutiremos en el próximo capítulo) y representa de manera manifiestamente explícita y fácilmente reconocible el simbolismo propio de las matrices perinatales. Giger fue galardonado con un Oscar por sus macabros diseños artísticos para la película Alien, el octavo pasajero, todos los cuales presentan rasgos perinatales espeluznantes. Para la segunda parte de esta película, Giger ha creado una imagen arquetípica fantástica de la Madre Devoradora, una aterradora araña extraterrestre con su diabólico nido. Las películas de Federico Fellini, Ingmar Bergman, George Lucas, Steven Spielberg, etcétera, también son ricas en imágenes perinatales.

La MPB II y el papel de víctima en la vida cotidiana

Del mismo modo que ocurre con la MPB I, esta matriz está vinculada a ciertos recuerdos biográficos con los que comparte determinadas características. Así, los eventos registrados en la memoria que guardan relación con la MPB II suelen ser situaciones desagradables en las que nos sentimos amenazados e impotentes ante fuerzas abrumadoramente superiores a

nosotros y en las que, por tanto, queda manifiesto nuestro papel de víctima. En este sentido, los recuerdos de incidentes que han puesto en peligro nuestro bienestar o nuestra supervivencia física, como las intervenciones quirúrgicas, los abusos físicos, los accidentes automovilísticos y las mutilaciones de guerra, por ejemplo, son especialmente significativos. La similitud existente entre estos recuerdos y ciertos aspectos del trauma del nacimiento provoca que su registro en la memoria se asocie, de algún modo, a la MPB II.

Los acontecimientos muy traumáticos del presente reestimulan el material perinatal correspondiente y reactivan el viejo dolor emocional y físico. En tal caso, no sólo respondemos a la situación presente sino también a un trauma temprano y fundamental de nuestra vida, lo cual podría explicar la profundidad de las lesiones psicológicas -y la duración de sus efectos negativos- que suelen acompañar a guerras, catástrofes naturales, reclusión en campos de concentración y secuestro por terroristas. El hecho es que estas situaciones no sólo son traumáticas en sí mismas -lo cual ya sería, de por sí, lo suficientemente serio- sino que también despojan a la víctima de las defensas que suelen protegerle del doloroso material procedente del inconsciente que albergan en su psiquismo. Para poder trabajar adecuadamente con todos estos estados, es necesario crear un en- torno de apoyo y utilizar técnicas que no sólo permitan revivir y trabajar los traumas adultos relativamente recientes sino también los recuerdos primitivos subyacentes de victimación asociados a la MPB II.

En un nivel más sutil, la segunda matriz perinatal también puede contener el recuerdo de frustraciones psicológicas particularmente severas, como el abandono, el rechazo, la privación, los acontecimientos emocionalmente amenazadores y las situaciones de confinamiento y dominación que han tenido lugar en el núcleo familiar y en la vida adulta posterior. En el caso de que el sujeto desempeñe el papel de víctima en la familia de origen, en la escuela, en la relaciones íntimas, en su puesto de trabajo y en la sociedad en general, se reforzará y perpetuará el recuerdo del estadio de no salida del nacimiento y será más relevante y accesible psicológicamente a la experiencia consciente. La MPB II también está relacionada con una variedad de sensaciones y tensiones desagradables en las zonas erógenas, o productoras de placer, freudianas. A nivel oral, estas sensaciones están relacionadas con el hambre y la sed; en la región anal, con sensaciones desagradables en el colon y el recto asociadas al estreñimiento, la colitis o las hemorroides, y en el tracto genitourinario, por último, con la frustración sexual y el dolor ligado a infecciones o intervenciones quirúrgicas y con la retención urinaria dolorosa.

El paso del infierno al purgatorio

En este estadio del parto cada nueva contracción presiona el cuello del útero sobre la cabeza del niño y dilata su apertura. Cuando la cérvix finalmente se abre y la cabeza desciende hacia la pelvis, tiene lugar un gran cambio no sólo a nivel biológico sino también a nivel psicológico. Entonces se supera la situación de no salida -propia de la MPB II- y tiene lugar el lento pasaje a través del canal del nacimiento que caracteriza a la MPB III. En el próximo capítulo exploraremos el rico y colorido mundo de la MPB III y sus implicaciones individuales y colectivas sobre nuestra vida.

confiaenlamarea@gmail.com

4. LA BATALLA ENTRE LA MUERTE Y EL RENACIMIENTO: MPB III

¿Estás dispuesto a ser absorbido,
borrado y aniquilado?
¿Estás preparado para no ser nada,
para desaparecer en el olvido?
Si no lo estás, jamás podrás cambiar realmente.

D.H. LAWRENCE, *Phoenix*

Aunque nunca llegó a ver con claridad el canal del nacimiento, sentía, no obstante, una aplastante opresión en su cabeza y en el resto de su cuerpo y sabía, con cada una de las células de su cuerpo, que estaba reviviendo el proceso de su nacimiento. La presión aumentó hasta alcanzar magnitudes muy superiores a lo que, hasta ese momento, consideraba que era humanamente posible resistir. Sentía una fuerte presión en la frente, las sienes y el occipucio, como si se hallara atrapado entre las mandíbulas de acero de una tenaza mecánica. La tensión que soportaba su cuerpo era brutal y creía que se hallaba dentro de una monstruosa trituradora de carne o entre los engranajes de una prensa gigantesca. Entonces cruzó por su mente la imagen de Charlie Chaplin en Tiempos modernos, víctima inocente de un universo tecnológico, y una enorme cantidad de energía se acumulaba en su cuerpo para terminar luego descargándose explosivamente.

Experimentaba una extraña mezcla de sensaciones. Se sentía asfixiado, aterrado e indefenso y, al mismo tiempo, estaba furioso y sentía una inusitada excitación sexual. Por otra parte, estaba completamente confundido ya que, si bien se sentía como un niño que luchaba violentamente por su propia supervivencia y comprendía que estaba reviviendo su propio nacimiento, también sabía que estaba experimentando el parto de su propia madre. Su intelecto le decía que los hombres no pueden dar a luz pero también sabía que, de algún modo, había atravesado esa barrera y lo imposible se estaba convirtiendo en realidad. No tenía la menor duda de que había conectado con el remoto arquetipo femenino de la madre parturienta. Su imagen corporal mostraba un voluminoso vientre y unos genitales femeninos y experimentaba todos los matices de las sensaciones biológicas. También se sentía frustrado por no poder abandonarse al proceso primordial de dar a luz y de nacer, de soltar y de permitir el nacimiento del niño.

De pronto -como si un cirujano cósmico hubiera reventado un absceso de maldad-, una enorme cantidad de violencia as sina brotó del fondo de su psiquismo y asistió a una especie de transfiguración -como la que convertía al Doctor Jekyll en Mister Hyde- y sintió cómo se iba

transformando en un hombre lobo o en un loco asesino. No obstante, las imágenes del asesino y de la víctima estaban tan entremezcladas que le resultaba imposible distinguir al bebé que estaba naciendo de la madre que le daba a luz. Era un dictador despiadado, un tirano que sometía a sus súbditos a todo tipo de crueldades inimaginables y, al mismo tiempo, también era el revolucionario que soliviantaba a las multitudes en contra del tirano. Se transformó en el gángster que asesina a sangre fría y en el policía que mata criminales en nombre de la ley. En cierto momento experimentó todo el horror de los campos de concentración nazis pero, cuando abrió los ojos, se vio como un oficial de las SS. Tenía la profunda sensación de ser, al mismo tiempo, el nazi y el judío. Sentía que el Hitler y el Stalin que moraban en su interior eran los responsables de todas las atrocidades cometidas a lo largo de la historia humana. Comprendió entonces que el problema de la humanidad no radica en la existencia de dictadores violentos sino en ese Asesino Oculto que se encuentra en las profundidades más oscuras de nuestro propio psiquismo.

Luego la cualidad de la experiencia cambió y alcanzó proporciones mitológicas. Entonces, en lugar de la maldad de la historia humana, experimentó la presencia de elementos demoníacos y sintió el clima inconfundible de la brujería. Sus dientes se transformaron en grandes colmillos saturados de un misterioso veneno y se descubrió volando a través de la noche con grandes alas de murciélago como si fuera un amenazante vampiro. Esta situación pronto se convirtió en el escenario salvaje y embriagador propio de un aquelarre. En esa ceremonia mágica y lujuriosa brotaron a la superficie una serie de impulsos habitualmente prohibidos y reprimidos. Poco a poco, los atributos demoníacos de la experiencia fueron desapareciendo pero sus connotaciones eróticas perduraron todavía durante un tiempo mientras nuestro sujeto se vio involucrado en orgías interminables y en extrañas fantasías sexuales en las que desempeñaba todos los papeles. Durante todo ese tiempo, siguió siendo, al mismo tiempo, el niño que luchaba por atravesar el canal del nacimiento y la madre parturienta. Comprendió entonces la profunda relación existente entre la sexualidad y el proceso del nacimiento y se dio cuenta también de que las fuerzas satánicas están estrechamente vinculadas con la situación que experimenta el feto al atravesar el canal del nacimiento.

Luchó y combatió de muchos modos y contra muy diversos enemigos. A veces dudaba incluso de que su infortunio terminara alguna vez. Entonces entró en escena un nuevo elemento y sintió que todo su cuerpo se hallaba cubierto de un fluido biológico viscoso y resbaladizo -ignoraba si se trataba de líquido amniótico, mucosidad, sangre o secreciones vaginales- que también impregnaba su boca y sus pulmones. Se sentía asfixiado y amordazado y trataba de desembarazarse y escupir esa sustancia. En ese momento comprendió que no debía luchar, que el proceso tenía su propio ritmo y que todo lo que debía hacer era abandonarse. Recordó entonces muchas situaciones de su vida en las que había sentido la necesidad de luchar y consideró retrospectivamente que se había tratado de una lucha innecesaria. Era como si su nacimiento le hubiera programado para ver la vida como algo mucho más complicado y peligroso de lo que realmente es. Le pareció entonces que esta experiencia podría abrir sus ojos en este sentido y hacerle la vida mucho más fácil y gozosa de lo que había sido hasta ese momento.'

confiaenlamarea@gmail.com

El comienzo del peligroso pasaje

Como acabamos de ver en este ilustrativo ejemplo, la MPB III se caracteriza por la presencia de una serie de imágenes -tanto positivas como negativas- extraordinariamente ricas y dinámicas. En un nivel biológico, esta matriz participa de ciertos rasgos característicos de la MPB II porque, en ella, prosiguen las contracciones del útero y el sujeto sigue experimentando una sensación global de confinamiento y opresión. Al igual que ocurría en el estadio anterior, cada nueva contracción dificulta el suministro de oxígeno al feto pero, en este caso, existen otras posibles fuentes adicionales de ahogo, como ahogarse con el propio cordón umbilical o quedar atrapado en la pelvis sin poder seguir adelante el proceso del nacimiento.

Pero, si bien es cierto que existen similitudes entre esta matriz y la anterior, también lo es que hay diferencias significativas muy notables. En la matriz anterior el cuello del útero permanecía cerrado pero, en ésta, se ha dilatado y permanece abierto, permitiendo así que el feto prosiga su camino hacia el canal del nacimiento. De este modo, aunque en este estadio todavía persista la lucha por la supervivencia, existe, sin embargo, la creencia y la esperanza de que esa lucha tiene un final.

En este estadio, la cabeza del niño permanece encajada en la apertura pélvica, tan estrecha que, incluso en condiciones normales, el pasaje es lento y tedioso. La musculatura del útero es muy robusta y la fuerza de las contracciones oscila entre los 3,5 y los 7 kg, lo cual crea un clima de antagonismo y conflicto y una fuerte presión hidráulica. El organismo de la madre y el del bebé permanecen todavía íntimamente ligados a muchos niveles. Es por ello que, como evidencia el relato que acabamos de presentar, puede existir una fuerte identificación entre ambos. En el registro de memoria propio de esta matriz no existe la menor sensación de separación entre el niño y la madre ya que todavía no ha tenido lugar la separación física ni la separación psicológica y, por tanto, los dos organismos participan de la misma conciencia. Así pues, no es de extrañar que puedan experimentarse todos los sentimientos y sensaciones del bebé, identificarse plenamente con la madre que da a luz y entrar, incluso, en contacto con el arquetipo de la madre parturienta.

La experiencia del nacimiento y la sexualidad

Esta matriz se halla, pues, ligada al dolor, la ansiedad, la agresividad, la excitación y la energía impulsora, pero su aspecto más inaudito lo constituye, sin duda, la excitación sexual. Esta situación merece una explicación especial puesto que tiene importantes consecuencias para comprender ciertas conductas sexuales que, de otro modo, resultarían inexplicables. Obviamente, la gran implicación de toda la zona genital en el proceso del nacimiento puede contribuir a que la experiencia de la madre tenga ciertas connotaciones sexuales. Además, la intensificación y liberación de la tensión que acompaña al proceso sigue una pauta muy similar a la del orgasmo sexual. No resulta, pues, extraño que muchas mujeres que han alumbrado en condiciones ideales describan la experiencia como el momento sexualmente más intenso y gratificante de toda su vida. Pero lo que sí resulta difícil de comprender -e incluso de creer- es el hecho de que el bebé también pueda experimentar sensaciones sexuales durante el proceso del nacimiento.

Sigmund Freud sorprendió al mundo cuando anunció su descubrimiento de que la sexualidad no comienza en la pubertad sino en la temprana infancia. ¡Pero lo que aquí se nos pide es que abramos todavía más nuestra imaginación y aceptemos que el ser humano experimenta sensaciones sexuales antes incluso de haber nacido! No obstante, el hecho es que las descripciones de quienes han experimentado la MPB III en estados no ordinarios de conciencia nos proporcionan evidencias manifiestas de la veracidad de este aserto. Los datos parecen sugerir que el cuerpo humano dispone de un mecanismo que transforma el sufrimiento extremo -especialmente cuando se halla asociado a la asfixia- en una forma de excitación que tiene ciertas connotaciones sexuales. Este mecanismo parece estar presente en pacientes implicados en relaciones sadomasoquistas, prisioneros de guerra torturados por el enemigo e, incluso, en personas que han intentado suicidarse infructuosamente colgándose y han podido vivir para contarlo. En todas estas situaciones, la agonía puede hallarse tan estrechamente relacionada con el éxtasis que llegue incluso a una experiencia de trascendencia, como ocurre, por ejemplo, en el caso de los flagelantes y de los mártires religiosos.

Pero ¿qué significado tiene todo esto para nuestra vida cotidiana? Comencemos señalando la importancia que tiene el he- cho de que nuestras primeras experiencias sexuales tengan lugar en el contexto de una situación que conlleva un peligro inminente de muerte. En este caso, el sufrimiento va también unido a la experiencia de provocar sufrimiento y a la ansiedad y la agresividad ciega. Por otra parte, durante el paso a través del canal del nacimiento, el niño entra en contacto con diversos productos biológicos, como mucosidades, sangre y, posiblemente, orina y excrementos. Esta conexión -combinada con otros eventos- constituye el fundamento natural para el desarrollo posterior de una variedad de desórdenes y desviaciones sexuales. De este modo, la MPB III puede verse reforzada por ciertas experiencias traumáticas de la niñez y de la adolescencia y terminar dando lugar a una amplia diversidad de disfunciones sexuales, como la sumisión, el sadomasoquismo, la asociación de la orina y las heces con la sexualidad e, incluso, la criminalidad sexual.

La dimensión titánica de la tercera matriz

Como ocurre con el resto de las matrices perinatales, el simbolismo propio de la MPB III contiene temas seculares, mitológicos y espirituales que podríamos agrupar en cinco categorías diferentes: la titánica, la agresiva y sadomasoquista, la sexual, la demoníaca y la escatológica. Todas ellas, sin embargo, comparten el mismo argumento, el encuentro con la muerte y la lucha por nacer. Como hemos visto en el relato que abría este capítulo, las experiencias asociadas a la tercera matriz perinatal suelen combinar las sensaciones y las emociones ligadas al nacimiento con el simbolismo arquetípico.

Quizás el aspecto más llamativo de esta matriz sea un clima de lucha titánica -frecuentemente de proporciones catastróficas- que demuestra la enormidad de las fuerzas que pugnan por descargarse en este estadio del proceso del nacimiento. La experiencia puede alcanzar una intensidad tan dolorosa que exceda, con mucho, lo que anteriormente creíamos posible soportar. Uno puede atravesar por estadios en los que la energía se encuentre tan tremendamente concentrada y focalizada que fluya a través de todo el cuerpo como una corriente eléctrica de alto voltaje. Pero la energía puede también estancarse o cortocircuitarse y provocar

confiaenlamarea@gmail.com

tensiones extraordinarias en diversas partes del cuerpo que deban descargarse de manera explosiva, una situación que muchas personas asocian a imágenes de la tecnología moderna y a desastres provocados por el hombre como, por ejemplo, gigantescas plantas de energía, cables de alta tensión, explosiones nucleares, lanzamiento de misiles, combates de artillería, ataques aéreos y escenas bélicas de todo tipo.

Otras personas conectan experiencialmente con catástrofes naturales de proporciones devastadoras, como erupciones volcánicas, terremotos, huracanes, tornados, tormentas eléctricas espectaculares, cometas, meteoritos y cataclismos cósmicos. Se trata de catástrofes similares a las que acompañaron a la erupción del Krakatoa o terminaron asolando la ciudad de Pompeya. Menos frecuentes, sin embargo, son aquellas otras imágenes que representan el poder destructor de las aguas, como las escenas de tempestades oceánicas, los maremotos, el desbordamiento de ríos o las rupturas de presas que van seguidas de inundaciones que asolan a poblados enteros. En este sentido, hay quienes han descrito imágenes mitológicas como el hundimiento de la Atlántida, la destrucción de Sodoma y Gomorra o, incluso, el mismo Armagedón.

Las raíces perinatales de la violencia

Los aspectos agresivos y sadomasoquistas de la tercera matriz perinatal parecen ser una consecuencia lógica de la situación en la que se halla el bebé que atraviesa el canal del nacimiento. La violencia dirigida hacia el exterior refleja la agresividad biológica de un organismo cuya supervivencia se ve seriamente amenazada por la asfixia. Esto no tiene ninguna explicación psicológica ni tampoco tiene el menor significado ético sino que es comparable al estado mental de cualquier persona cuya cabeza se hallara bajo el agua y no pudiera respirar. La activación de esta faceta de la tercera matriz perinatal en un estado no ordinario de conciencia suele expresarse en violentas imágenes de guerras, revoluciones, masacres, asesinatos, torturas y todo tipo de abusos en los que desempeñamos un papel activo.

Esta matriz también está asociada a un tipo de agresividad dirigida hacia el interior que tiene, por tanto, una cualidad autodestructiva. Esta agresividad, que se expresa mediante fantasías e impulsos autodestructivos, parece ser la interiorización de fuerzas que originalmente se nos imponen desde el exterior -las contracciones del útero y la resistencia que ofrece a nuestro paso el canal del nacimiento-. El recuerdo de esta experiencia pervive en nosotros como una sensación de confinamiento físico y como una incapacidad para disfrutar plenamente de la vida. A veces, por último, asume la forma de un despiadado juicio interno en la que una parte cruel del superego exige un castigo autodestructivo.

Quisiera señalar también las importantes diferencias existentes entre las experiencias asociadas a la segunda y la tercera matriz perinatal. Así, mientras que en la MPB II somos meras víctimas, en la MPB III podemos, en cambio, identificarnos alternativamente con la víctima y con el verdugo -como ocurre en la narración que abre este capítulo, cuando el sujeto se identifica con la víctima judía y, al mismo tiempo, con el perseguidor nazi- y también podemos ser un observador que contempla la escena desde el exterior. Las personas que entran en contacto con este aspecto del proceso del nacimiento suelen mencionar que, en este estado,

pueden identificarse y llegar a comprender realmente a crueles líderes militares y a dictadores déspotas como Genghis Khan, Hitler, Stalin o los contemporáneos asesinos de masas.

Como ya hemos señalado anteriormente, las asociaciones sadomasoquistas propias de esta matriz reflejan la relación existente entre el hecho de causar o infligir dolor, el sufrimiento y la excitación sexual. Esto da cuenta de la extraña combinación entre las sensaciones sexuales y el dolor tan característica del masoquismo. El sadismo y el masoquismo no existen como fenómenos puros y aislados sino que constituyen -como las dos caras de una moneda- dos aspectos íntimamente relacionados del psiquismo humano. Como es de suponer, las imágenes asociadas con las experiencias sadomasoquistas incluyen escenas de violaciones, asesinatos sexuales y todo tipo de prácticas sadomasoquistas.

La agonía y el éxtasis del nacimiento

A medida que aumenta la intensidad de las experiencias asociadas a esta matriz aparecen también las emociones y las sensaciones opuestas (como el dolor y el placer, por ejemplo), llegando, incluso, a converger y a fundirse en un estado mental indiferenciado que engloba todas las posibles dimensiones de la experiencia humana. En ese estado, el sufrimiento más extremo y el placer más delicado se convierten en lo mismo; el calor más intenso se experimenta como frío; la violencia asesina y el amor apasionado se funden y la agonía de la muerte se trans- forma en el éxtasis del nacimiento. De este modo, por más extraño que pueda parecer, en el mismo momento en que el sufrimiento alcanza su punto culminante, la situación deja de ser dolorosa y agónica y, en su lugar, aparece un arrebato extático y salvaje que podríamos calificar como «éxtasis volcánico» o «dionisíaco».

Este éxtasis o rapto volcánico puede ir todavía más lejos y alcanzar proporciones trascendentales. A diferencia del éxtasis oceánico asociado a la MPB I, el éxtasis volcánico propio de la MPB III encierra una extraordinaria tensión explosiva colmada de contenidos agresivos y autodestructivos. Este tipo de rapto puede ser experimentado en el momento del nacimiento, en caso de accidente o en ciertos rituales que emplean procedimientos en los que la persona se somete voluntariamente a un intenso dolor físico durante un largo período de tiempo, como la ceremonia de los flagelantes o la danza del Sol de los nativos americanos, por ejemplo. Algo parecido puede también ocurrir en las ceremonias indígenas que utilizan danzas salvajes y música ensordecedora o en su contrapunto moderno, los conciertos de rock.

Por su parte, los aspectos sexuales propios de la MPB III no suelen concentrarse exclusivamente en los genitales sino que, por el contrario, se experimentan de manera generalizada por todo el cuerpo. Hay quienes hablan de un éxtasis similar a la fase inicial del orgasmo sexual aunque miles de veces más intenso. En este caso, sin embargo, las sensaciones pueden prolongarse durante un período largo de tiempo e ir acompañadas de una vívida imaginería erótica que se caracteriza por la presencia de impulsos instintivos extraordinariamente intensos que carecen de una meta y un objetivo concreto. No se trata, pues, del mismo tipo de erotismo que experimentamos en un romance, en el que el respeto, la comprensión y la ternura culminan en la unión sexual sino que en este caso, por el contrario, el énfasis está puesto en la satisfacción egótica -por cualquier medio imaginable- de impulsos sexuales primitivos, a menudo de naturaleza perversa, sin respeto alguno hacia la pareja sexual.

confiaenlamarea@gmail.com

Las imágenes y las experiencias propias de la MPB III suelen tener connotaciones pornográficas o asociar el sexo con el peligro y la suciedad. En tal caso, la persona puede identificar- se con chulos, alcahuetes, prostitutas o con cualquier personaje -histórico o legendario- vinculado con la sexualidad, como Casanova, Rasputín, Don Juan o María Teresa, por ejemplo. También puede encontrarse y participar en escenas propias del Soho, Pigalle o cualquier otro barrio bajo. Por otra parte, esta matriz tiene también un componente espiritual dinámico y no resulta extraño, por consiguiente, que ocasionalmente también nos encontremos con experiencias aparentemente contradictorias en las que la sexualidad se entremezcla con la trascendencia. En tal caso, nos podemos encontrar con visiones de ritos de la fertilidad, cultos fálicos y prostitución sagrada.

En cualquier caso, lo más curioso con respecto a las experiencias propias de la MPB III quizá sea la proximidad emocional existente entre la muerte y la sexualidad. Uno podría pensar que el peligro de muerte debería inhibir cualquier sensación libidinal, pero lo cierto es que, cuando aparece esta matriz, las cosas parecen ocurrir exactamente de manera opuesta. Las observaciones procedentes de la psiquiatría clínica, las experiencias de los prisioneros que han sido torturados en campos de concentración y los archivos de Amnistía Internacional ratifican la existencia de una estrecha correlación entre el arrebato extático del sexo, el proceso del nacimiento y la amenaza a la integridad y la supervivencia corporal. En el proceso de muerte-y-renacimiento, estos tres temas alternan y se combinan entre sí en distintas proporciones.

Encuentros con lo grotesco, lo satánico y lo escatológico

En ocasiones, los aspectos sexuales de la MPB III van acompañados de una atmósfera de carnaval, llena de vivos colores, de costumbres exóticas y de música embriagadora. La combi- nación entre el motivo de la muerte, de lo macabro y de lo grotesco y la gozosa alegría de lo festivo constituye una manifestación simbólica muy apropiada del estado mental inmediatamente anterior al momento del nacimiento. En este estado, las energías sexuales y agresivas reprimidas se liberan y el recuerdo de la amenaza de muerte deja de gravitar como una losa sobre el cuerpo y sobre el psiquismo. La popularidad del Mardi Gras y de eventos similares puede deberse al hecho de que, además de proporcionar diversión y un contexto apropiado para la liberación de las tensiones, también nos permiten conectar con el arquetipo del renacimiento que mora en la profundidad de nuestro psiquismo.

Las experiencias que tienen lugar en los estadios finales del proceso de muerte-y-renacimiento también nos permiten comprender ciertas formas de brujería y ciertas prácticas satánicas. La lucha en el canal del nacimiento puede estar asociada a recuerdos ancestrales de misas negras y aquelarres. La aparición de elementos satánicos en este momento concreto parece estar relacionada con el hecho de que la MPB III comparte con estos rituales ciertas emociones y sensaciones físicas. La lucha que tiene lugar en el canal del nacimiento implica un dolor extremo, un encuentro con la sangre y con excrecencias corporales de todo tipo y una intensa excitación sexual. Lo cierto es que esta lucha puede conducir al bebé hasta el mismo borde de la muerte pero también lleva consigo una promesa de liberación y trascendencia. Todos estos elementos están estrechamente vinculados con la imaginería de «la adoración al Dios de la Oscuridad». Cualquier estudio serio de los cultos satánicos -un fenómeno que pare-

ce despertar una atracción cada vez mayor entre los profesionales y el público en general- debería tener en consideración la relación existente entre estas prácticas y el nivel de conciencia perinatal. Otra experiencia particularmente importante de esta misma categoría consiste en la tentación diabólica, un motivo clásico en la literatura espiritual de casi todas las religiones del mundo.

El contacto íntimo que mantiene el recién nacido con los fluidos corporales y, ocasionalmente, con la orina y las heces durante el último estadio del parto constituye el fundamento biológico de muchas de las imágenes escatológicas que forman parte integral de la MPB III. El contenido escatológico que acompaña al proceso de muerte-y-renacimiento puede llegar a incluir los productos de desecho biológico. Así, aunque el contacto del bebé con tales productos haya sido mínimo, la persona que revive este aspecto del proceso del nacimiento puede tener la sensación de arrastrarse por una cloaca, revolcarse por un estercolero, beber sangre o complacerse en la basura y la putrefacción.

Tenias mitológicos y espirituales

Los elementos mitológicos y espirituales característicos de esta matriz son especialmente ricos y variados. La faceta titánica, por ejemplo, puede expresarse en las imágenes arquetípicas de la confrontación entre las fuerzas del bien y del mal o de la destrucción y creación del mundo. Otro tipo de lucha para alcanzar el equilibrio entre el bien y el mal es el arquetipo del Juicio Final. Las escenas de violencia suelen estar asociadas a imágenes de deidades destructivas, como Kali Shiva, Satán, Coatlicue o Marte, por ejemplo. También resulta especialmente interesante la estrecha identificación con ciertas figuras mitológicas que representan la muerte y el renacimiento que puede encontrarse en toda gran cultura, como Osiris, Dionisos, Perséfone, Wotan y Balder, por ejemplo, cuya versión cristiana es la historia de la muerte y resurrección de Jesucristo. Es frecuente, pues, que las personas que atraviesan la MPB III tengan visiones de la crucifixión o que, incluso, se identifiquen plenamente con la crucifixión de Cristo. Tampoco son infrecuentes, en este estadio, las escenas de sacrificio y de autoinmolación y las deidades, aztecas y mayas, por ejemplo, correspondientes.

También pueden presentarse imágenes de deidades masculinas y femeninas y visiones de bacanales asociadas con la sexualidad y la procreación. Ya hemos hablado de las imágenes que combinan la sexualidad con la espiritualidad (como los ritos de fertilidad, la adoración fálica, la prostitución sagrada, la violación ritual y las ceremonias aborígenes que subrayan lo sensual y lo sexual). Por su parte, los elementos escatológicos se expresan mitológicamente mediante imágenes tales como Hércules limpiando el estiércol de los establos del rey Augias, Tla-colteutl -la Devoradora de Inmundicia- diosa azteca del nacimiento y del placer carnal, etcétera.

La transición entre la MPB III y la MPB IV suele ir acompañada de la visión de un fuego purificador en el que las llamas destruyen todo lo corrupto y depravado de nuestra vida y nos prepara para la renovación y el renacimiento. Es interesante también constatar que, en este estadio, la madre parturienta suele tener la sensación de que sus genitales están ardiendo. Cuando el sujeto revive pasivamente este estadio puede tener la sensación de que su cuerpo

confiaenlamarea@gmail.com

arde o de que está atravesando las llamas de la purificación, una sensación particularmente bien expresada por la imagen del ave Fénix, el fabuloso pájaro mitológico del legendario Egipto que, a la edad de quinientos años, se autoinmoló en las llamas y emergió renovado de entre las cenizas. El fuego purificador constituye también uno de los rasgos más característicos de las imágenes religiosas del purgatorio.

La MPB III y el arte

Es muy posible que las experiencias propias de la MPB III hayan constituido una fuente inagotable de inspiración para todo tipo de artistas desde el mismo amanecer de la humanidad. Existen tantos ejemplos en este sentido que sólo podemos limitarnos a ofrecer una magra selección al respecto. La intensa atmósfera de emociones rayanas en la locura que reflejan magistralmente las novelas de Fyodor Dostoyevski y muchas de las obras de teatro de William Shakespeare -particularmente Hamlet, Macbeth y El rey Lear-; los elementos dionisíacos y la sed de poder de la obra filosófica de Friedrick Nietzsche; los dibujos de diabólicos artefactos bélicos de Leonardo da Vinci; las delirantes visiones de pesadilla de Francisco de Goya; el arte macabro de Hansruedi Giger y el tono general de la pintura surrealista constituyen una espléndida representación pictórica del clima propio de la MPB III

De la misma manera, las óperas de Richard Wagner también abundan en secuencias que captan a la perfección el clima propio de esta matriz. Destaquemos, entre ellas, las orgiásticas escenas del Venusberg de Tannhkuser, el fuego mágico de Las Walkirias y, en especial, el sacrificio de Siegfried y el incendio del Valhalla en la escena final de El crepúsculo de los dioses. También conviene recordar la mezcla de tragedia, sexo y violencia -tan característica de esta matriz- que constituye la fórmula mágica de gran parte de la cinematografía moderna.

La relación con las experiencias posnatales

Como ocurre con las demás matrices perinatales, la MPB III está especialmente relacionada con ciertos recuerdos de la vida posnatal. Para las personas que han presenciado o participado en la guerra, el recuerdo de las atrocidades reales se entremezcla con los aspectos titánicos, violentos y escatológicos de esta matriz. Por otra parte, las experiencias bélicas de la vida real pueden reactivar los correspondientes elementos perinatales del inconsciente y originar los severos trastornos emocionales tan comunes en los soldados que han participado en acciones de combate. La combinación de excitación, miedo y peligro también vincula a la MPB III con situaciones emocionantes e inseguras, como el esquí, las carreras de automóviles, las montañas rusas, los safaris, el boxeo y la lucha libre. Los aspectos eróticos de la MPB III, por su parte, están asociados a sistemas COEX relacionados con intensas experiencias sexuales realizadas en circunstancias peligrosas, como la violación, el adulterio, las aventuras sexuales arriesgadas y las visitas a los barrios bajos. Su faceta escatológica, por último, está ligada al aprendizaje prematuro y forzado del control de los esfínteres, a episodios infantiles de enuresis o incontinencia anal, a visitas a vertederos de basura u otros lugares antihigiénicos y al hecho de presenciar escenas macabras en la guerra o en accidentes automovilísticos.

Las experiencias propias de la MPB III también van acompañadas de ciertas manifestaciones específicas en las zonas erógenas freudianas, relacionadas, a su vez, con un amplio rango de actividades que conllevan liberación, placer o relajación tras una prolongada tensión. A nivel oral, por ejemplo, se trata del acto de morder, mascar y tragar o, por el contrario, de la catarsis del vómito; en la zona anal, por su parte, se refiere a los procesos normales de la defecación y la expulsión de gases; en la región uretral, de la micción que sigue a una larga retención, y en el nivel genital, por último, de la aproximación al orgasmo sexual y, en el caso de la mujer, de las sensaciones de la parturienta en el segundo estadio clínico del parto.

La tercera matriz perinatal representa un enorme conjunto de emociones y de sensaciones problemáticas que luego pueden combinarse con determinados acontecimientos biográficos de la niñez y de la infancia y terminar contribuyendo al desarrollo de una gran diversidad de trastornos. Mencionemos, entre ellos, a ciertas depresiones y condiciones que implican agresividad y una conducta autodestructiva violenta. Los desórdenes y aberraciones sexuales, las neurosis obsesivo-compulsivas, las fobias y las manifestaciones histéricas parecen también hundir sus raíces en esta matriz. Subrayemos, por último, que la naturaleza de las experiencias biográficas posteriores puede reforzar selectivamente ciertos aspectos agresivos, autodestructivos, sexuales o escatológicos de la MPB III y terminar cdeterminando, de ese modo, la actualización de determinados desórdenes emocionales.

El final de la batalla

A medida que la lucha agonizante por escapar del canal del nacimiento se aproxima a su fin, la tensión y el sufrimiento alcanzan su punto culminante. En el momento en que el bebé se libera súbitamente de la apertura pélvica y respira por vez primera, tiene lugar una liberación explosiva de la tensión acumulada. En general, este momento conlleva la promesa de una tremenda relajación pero las circunstancias concretas que rodean al momento del nacimiento -como la oportunidad de establecer una relación amorosa con la madre, el contacto ocular y otros factores- determinan el grado real de esta liberación. Los aspectos experienciales de esta transición constituyen el tema del siguiente capítulo.

confiaenlamarea@gmail.com

5. LA EXPERIENCIA DE MUERTE-Y-RENACIMIENTO: MPB IV

El alma ve y prueba abundantes e inestimables riquezas, encuentra todo el sosiego y recreo que de- sea y comprende extraños secretos de Dios [... J También siente en Dios un respetuoso poder y fortaleza que trasciende todo poder y toda fortaleza; gusta una maravillosa dulzura y delicia espiritual, encuentra el verdadero descanso y la Divina luz y tiene elevadas experiencias del conocimiento de Dios...

SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico*

Comenzó a experimentar una gran confusión, transpiraba y sentía oleadas de calor que recorrían todo su cuerpo. Luego empezó a temblar y sintió náuseas. Súbitamente se encontró en lo alto de una montaña rusa a punto de caer al precipicio. Entonces perdió el control y se desplomó hacia las profundidades.

De pronto una imagen cruzó por su mente: era como si se hubiera tragado un barril de dinamita con la mecha prendida. Estaba a punto de reventar y no podía hacer nada para impedirlo. Había perdido totalmente el control.

Lo último que podía recordar antes de precipitarse al abismo era el estruendo de una música que parecía proceder de un millón del altavoces. Su cabeza era enorme y sentía como si tuviera mil oídos y era como si con cada uno de los cuales estuviera escuchando una música diferente. Nunca había estado tan desconcertado. Estaba a punto de morir y no podía hacer nada para evitarlo. Lo único que se le ocurría era seguir adelante. De pronto escuchó las palabras confía y obedece y al instante siguiente había perdido su identidad habitual y ya no estaba tumbado en el colchón. Entonces aparecieron varias imágenes simultáneamente.

En la primera escena se vio sumido en medio de un pantano lleno de criaturas monstruosas que le perseguían sin llegar, sin embargo, a poder atraparle. Sólo podía describir su descontrolado viaje por la montaña rusa equiparándolo al hecho de caminar sobre una superficie extraordinariamente escurridiza. Al principio, el suelo parecía firme, luego todo se tornó resbaladizo y empezó a perder pie. No había nada a lo que agarrarse y se sintió caer cada vez más en el olvido. Estaba muriendo.

De repente, se encontró de pie en medio de la plaza de un pueblo medieval. Estaba rodeado de fachadas de catedrales góticas y, como si se tratara de un cuadro de El Bosco, vio cómo las gárgolas, los animales de los aleros, las figuras humanas, las criaturas semihumanas, los diablos y los espíritus, salían de sus hornacinas y se dirigían hacia él.

A medida que se le acercaban experimentó miedo, dolor, agonía, terror y pánico. Sintió una presión entre las sienes y tuvo la absoluta certeza de que estaba muriendo. Cuando la presión en la cabeza se le hizo insoportable murió y se vio súbitamente arrojado a otro mundo.

Entonces penetró en un mundo completamente diferente. El temor y el pánico habían desaparecido. Se sentía angustiado pero no estaba solo porque, de algún modo, era como si estuviera compartiendo la muerte de toda la humanidad. Comenzó entonces a experimentar la pasión de Cristo. Él era Jesús y, de alguna manera, también era el conjunto de la humanidad participando en una dolorosa procesión hacia el Gólgota. Su experiencia había dejado de ser confusa y sus visiones eran ahora completamente nítidas.

Se sentía abrumadoramente desconsolado. Entonces comenzó a ser consciente de que en el ojo de Dios se estaba formando una lágrima. No podía ver el ojo de Dios pero sí la lágrima cayendo sobre el mundo, ya que Dios mismo participa de la muerte y del sufrimiento de todas las criaturas que han vivido. La procesión avanzaba hacia el Gólgota, donde iban a crucificarle junto a Cristo y al resto de la humanidad. Él era Cristo y todas las personas al mismo tiempo. Luego le crucificaron y murió.

Inmediatamente después de morir escuchó la música más celestial que había oído en toda su vida. Era el mismísimo canto de los ángeles que resucitaba a todos los muertos. Después de haber sido crucificado, escuchó el silbido de un viento que procedía de la Cruz y se extendía por todo el más allá. Era como volver a nacer. Todos los que le rodeaban se pusieron en pie y las muchedumbres se agolparon en procesión en enormes catedrales, rodeados de cirios, luz, oro e incienso. En ese momento no tenía la menor sensación de ser alguien separado. Estaba en todas las procesiones y todas las procesiones estaban en él. Era cada hombre y cada mujer.

Junto a todos los que le rodeaban comenzó a elevarse hacia la luz atravesando majestuosas columnas de mármol blanco. La multitud dejó atrás los azules, los grises, los rojos, los púrpuras, el oro de las catedrales y la variedad multicolor de las vestiduras de la gente y todo se tornó blancura, moviéndose entre columnas marmóreas. La música volvió a elevarse, todos comenzaron a cantar y entonces tuvo una visión. Esa visión era tan especial, tan distinta a todo lo que le había ocurrido hasta ese momento, que no tenía la menor duda de que se trataba de un don. El vestido de Cristo resucitado le rozó aunque, a decir verdad, no era exacto que le tocara sino que lo tocaba todo y, al tocarlo todo, también le tocaba a él.

Entonces sucedieron varias cosas al mismo tiempo. Se convirtió en algo muy pequeño, más pequeño que una célula, más pequeño que un átomo. Todo el mundo se sentía humilde e inclinaba la cabeza. Se sentía completamente en paz y henchido de alegría y amor. Se sintió inundado de un amor total por Dios. Mientras todo esto ocurría, el contacto con la túnica era como tocar un cable de alta tensión. Luego hubo un estallido seguido por una luz absoluta. De pronto se hizo el silencio. La música calló. Todo sonido cesó. Era como estar en el centro de la misma fuente de toda energía. Era como estar en Dios, no en presencia de Dios sino en Dios, participando de su Divinidad.

Esta escena no duró mucho tiempo, aunque era consciente de que el tiempo había perdido todo significado. Luego comenzó el descenso. El mundo al que retornaba era un mundo

confiaenlamarea@gmail.com

de gran belleza, en nada parecido a todo lo que antes había conocido. Coros majestuosos cantaban y, durante el Sanctus, el Gloria y el Hosanna, podía escuchar la voz de un oráculo diciendo: «No desees nada, no desees nada» y «No busques nada, no busques nada».

Durante este período también tuvo muchas otras visiones. En unas de ellas podía mirar a través de la tierra y ver los mismos cimientos del universo. Bajó entonces a las profundidades y descubrió que Dios también es adorado allí al igual que en las alturas. En la profundidad del universo hay muchas prisiones y, a medida que la luz llegaba a ellas, las cárceles iban abriéndose y los prisioneros salían alabando a Dios.

También tuvo la visión de una figura caminando por un anchuroso y hermoso río en un profundo y amplio valle. Los lirios crecían junto a la ribera mientras el río discurría plácidamente. El valle estaba rodeado de montañas muy elevadas y los arroyos serpenteaban en dirección al río. Allí escuchó una voz que decía: «El río de la vida fluye hacia la boca de Dios». Anhelaba estar en el río pero no podía distinguir si se hallaba en el río o si era el mismo río. El río se encaminaba hacia la boca de Dios y las personas y los animales -la totalidad de la creación- se acercaban a él y se fundían con la corriente principal del río de la vida.

Cuando la sesión llegó a su fin y volvió nuevamente a tomar conciencia de que se hallaba en la consulta, seguía sintiéndose lleno de respeto, humildad, paz, beatitud y alegría. Tenía el claro convencimiento de haber estado con Dios en el centro de energía del universo. Todavía tenía la fuerte sensación de que toda vida es una, de que el río de la vida fluye hacia Dios y de que no hay diferencia alguna entre los seres humanos, ya que amigos, enemigos, blancos, negros, hombres y mujeres, son todos uno.'

Éste es el relato de un sacerdote describiendo una sesión experimental profunda en la que atravesó la cuarta matriz perinatal. La imaginería y el simbolismo desplegados en ella son decididamente cristianos pero, cuando las personas reviven la MPB IV, estos mismos temas aparecen reiteradamente sin importar la tradición y el sustrato étnico del que procedan. Esta matriz perinatal parece estar relacionada con el tema de la muerte y el renacimiento, como también la confrontación con demonios airados y con seres celestiales, la identificación con el sufrimiento de toda la humanidad y las revelaciones sobre la naturaleza del universo. Como ocurre con el resto de las matrices perinatales, la MPB IV constituye una combinación de recuerdos de acontecimientos biológicos fundamentales -ligados al proceso del nacimiento- y elementos espirituales y mitológicos.

Realidades biológicas

El fundamento biológico de la MPB IV tiene que ver con la última etapa de la lucha por atravesar el canal del nacimiento, el nacimiento propiamente dicho y la situación inmediatamente posterior al parto. En el último paso asoman la cabeza y los hombros del bebé (excepto cuando viene de nalgas, en cuyo caso la primera parte en salir son los pies), momento en el que tiene lugar el nacimiento. Todo lo que ahora resta de la unión original con la madre es el cordón umbilical; finalmente éste también termina cortándose y, con ello, acaba todo vínculo biológico con el organismo materno y concluye el estado de fusión anterior.

La primera bocanada de aire abre y pone en funcionamiento nuestras vías respiratorias y nuestros pulmones. La sangre, que hasta ese momento había sido oxigenada, nutrida y depurada de residuos tóxicos a través del organismo de la madre, se dirige ahora hacia los pulmones, el sistema gastrointestinal y los riñones. En ese momento el bebé inicia su existencia como individuo anatómicamente independiente.

Una vez restablecido el equilibrio fisiológico, la nueva situación constituye una mejora significativa con respecto a los dos estadios anteriores, MPB II y MPB III. Ciertas cosas, sin embargo, parecen haber empeorado con respecto al momento en que se inició todo el proceso (MPB I) ya que, mientras permanecemos completamente fundidos con el cuerpo de nuestra madre, todas las necesidades biológicas son automáticamente satisfechas de inmediato, cosa que ya no seguirá ocurriendo a partir de ahora. Durante el período prenatal, el útero proporciona un entorno muy seguro pero, después de nacer, la figura protectora de la madre ya no se hallará siempre presente. A partir de este momento ya no estaremos continuamente protegidos de las temperaturas extremas, de los ruidos perturbadores, de los cambios bruscos de intensidad de la luz y de las sensaciones táctiles desagradables. Nuestro bienestar depende, a partir de ahora, de la cualidad materna, pero ni siquiera la mejor madre puede reproducir las condiciones de un buen útero.

La muerte, el renacimiento y el ego

Como ocurre con el resto de las matrices perinatales, quienes reviven la MPB IV suelen proporcionar detalles muy minuciosos y exactos del proceso de su nacimiento biológico. En multitud de ocasiones hemos tenido la oportunidad de constatar que, sin el menor conocimiento previo de las circunstancias que rodearon el parto, hay personas que pueden llegar a descubrir que nacieron con fórceps, de nalgas, que el cordón umbilical se enrolló en su cuello o reconocer, incluso, el tipo de anestesia utilizada. Tampoco es infrecuente que el sujeto reviva detalladamente los acontecimientos concretos que ocurrieron después del momento de su nacimiento.

La dimensión simbólica y espiritual de la MPB IV tiene un sabor inconfundible. Desde un punto de vista psicológico, la experiencia de revivir el nacimiento constituye un proceso de muerte-y-renacimiento. El sufrimiento y la agonía propios de la MPB II y la MPB III culminan ahora con la «muerte del ego», una experiencia de aniquilación de todos los niveles: físico emocional, intelectual y espiritual.

Según la psicología freudiana, el ego nos capacita para percibir correctamente la realidad externa y funcionar adecuadamente en la vida cotidiana. Quienes sostienen, pues, este punto de vista, consideran que la muerte del ego es una experiencia aterradora y tremendamente negativa que implica la pérdida de la capacidad de funcionar en el mundo. No obstante, lo que realmente muere en este proceso es la parte de nosotros que nos mantiene separados de los demás y que sustenta una visión fundamentalmente paranoica de nosotros mismos y del mundo que nos rodea -una visión que es el resultado de las percepciones internas de nuestra vida que hemos aprendido durante la lucha en el canal del nacimiento y a través de todas las experiencias dolorosas acaecidas después del momento del nacimiento- a la que Alan Watts denominaba «el ego encapsulado en la piel».

confiaenlamarea@gmail.com

Desde este punto de vista el mundo parece hostil y cerrado, expulsándonos de la única vida que hemos conocido y ocasionando gran dolor emocional y físico. Esta experiencia fragua en nosotros un «falso ego» que percibe el mundo como algo peligroso y ayuda a consolidar esta misma actitud en situaciones futuras aun cuando las circunstancias hayan cambiado ya de manera radical. El ego que muere en la cuarta matriz perinatal es una fuerza compulsiva que nos impele a ser siempre fuertes, a tratar de controlar la situación y a mantenernos continuamente en guardia ante cualquier posible peligro, aun los más imprevisibles y los puramente imaginarios. Esta actitud nos hace sentir que las circunstancias nunca son perfectas, que nada es suficiente y nos obliga a embarcarnos de continuo en proyectos grandiosos para probarnos a nosotros mismos y a los demás. Sin embargo, la eliminación del falso ego nos ayuda a construir una imagen más realista del mundo y a desarrollar estrategias más apropiadas y satisfactorias.

La experiencia -habitualmente dramática y catastrófica- de la muerte del ego jalona la transición entre la MPB III y la MPB IV. En tal caso, podemos vernos bombardeados por imágenes procedentes del pasado y del presente y quedar plenamente convencidos de que nunca hemos hecho nada bien, de que hemos fracasado por completo, de que somos despreciables y de que no podemos hacer ni pensar nada para cambiar nuestra desesperada situación. En esa situación perdemos todos los puntos de referencia significativos que habían sustentado nuestra vida -logros, personas queridas, sistemas de apoyo, esperanzas y aspiraciones- y todo parece desplomarse a nuestro alrededor. El camino que conduce desde la desesperación y la impotencia hasta la libertad pasa por lo único que aterra a nuestro ego, la entrega, ya que el requisito para conectar con lo transpersonal consiste en la rendición total de la persona. Quienes se dedican a la rehabilitación de toxicómanos y de alcohólicos saben perfectamente que la renuncia a lo personal es la condición imprescindible para llegar a descubrir la existencia de un Poder Superior.

Una vez que el sujeto experimenta la muerte del ego también puede tener la visión de una deslumbrante luz blanca o dorada de un brillo y una belleza sobrenaturales. También puede tenerla sensación de que el espacio que le rodea se expande y se ve inundado por una profunda sensación de liberación, redención, salvación y perdón. El sujeto se siente entonces libre de toda la culpa, agresividad, ansiedad y restantes emociones dolorosas que han pesado sobre toda su vida. Entonces podemos sentir un amor inmenso por nuestros semejantes, un profundo aprecio por el calor del contacto humano, una solidaridad con todos los seres vivos, y la unidad con la naturaleza y el universo. Cuando descubrimos el poder de la humildad tiende a desvanecerse la arrogancia y la defensa y quizás nos sintamos impulsados a entregarnos al servicio de los demás. Entonces, la ambición, el deseo de posesiones materiales, de salud y de poder se nos aparecen súbitamente como vanidades infantiles, absurdas e inútiles.

La mitología de la muerte y el renacimiento

Cuando la terapia regresiva, la meditación intensiva o una crisis psicoespiritual lleva a un adulto a enfrentarse con la MPB IV no suele limitarse a revivir los aspectos biológicos y emocionales del nacimiento. El tema de la muerte-y-renacimiento reestimula muchas experiencias que comparten emociones y sensaciones similares. La MPB IV está relacionada con ciertas

experiencias biográficas y es por ello que, quien la revive, suele asistir a una combinación de recuerdos de su propio nacimiento con imágenes que simbolizan el nacimiento, escenas de la historia humana, identificación con distintos animales y secuencias mitológicas entremezclados, a su vez, con recuerdos de acontecimientos posteriores de su vida.

El simbolismo espiritual y mitológico asociado a la MPB IV es exuberantemente variado y, al igual que ocurre con las demás matrices perinatales, su mitología puede proceder de cualquier tradición cultural. La muerte del ego se puede experimentar como una ofrenda a la terrible diosa hindú Kali o a Huitzilopochtli, el dios azteca del Sol. El sujeto también puede identificarse con un bebé arrojado por su madre, junto a otros niños, a las devoradoras llamas de la bíblica Moloch en una ceremonia de inmolación ritual. Ya hemos mencionado también a la legendaria y mitológica ave Fénix, un antiguo símbolo del renacimiento cuya visión o identificación no es infrecuente en estados no ordinarios de conciencia. También es posible que el sujeto experimente el renacimiento espiritual como una unión con determinadas deidades como, por ejemplo, la diosa azteca Quetzalcoatl, las egipcias Osiris o Atis y las griegas Adonis y Dionisos. Como ilustra el relato que abre este capítulo, una de las experiencias más frecuentes vinculadas con la MPB IV es la identificación con la muerte y la resurrección de Jesucristo. La felicidad que acompaña a esta inesperada apertura espiritual rebosante de comprensiones espirituales podría ser calificada como un verdadero éxtasis prometeico.

Celebrando el misterio del viaje

Una persona que ha superado la difícil prueba de atravesar la segunda y tercera matriz perinatal y esté disfrutando de la experiencia de renacimiento asociada con la cuarta matriz perinatal, suele tener una sensación de victoria que se encarna en determinados héroes mitológicos, como san Jorge matando al dragón, Teseo derrotando al Minotauro o el pequeño Hércules acabando con la peligrosa serpiente que le atacó en el momento de su nacimiento. Muchas personas describen una luz deslumbrante y sobrenatural que parece irradiar inteligencia divina o experimentan a Dios como energía espiritual pura que todo lo i mpregna. Otros hablan de la visión de una bruma celestial azulada y traslúcida, un hermoso arcoiris o el espectacular des- pliegue de complejos dibujos similares a los que engalanan la cola del pavo real. También pueden presentarse imágenes de epifanías divinas de ángeles y seres celestiales. Igualmente común, en este estadio, es la aparición de la amorosa y protectora imagen de la Gran Madre de diferentes culturas, como la Virgen María, Isis, Cibeles o Lakshmi, por ejemplo.

En ciertas ocasiones, el renacimiento espiritual puede estar asociado a un tipo de experiencia muy especial, la unión Atman-Brahman descrita en los antiguos textos hindúes. En tal caso, la persona se siente unida al núcleo espiritual más profundo de su ser. Así, la ilusión del self individual (jiva) se desvanece y la persona experimenta la gozosa reunificación con su Self Divino (Atman), que es también el Self Universal (Brahman), la fuente cósmica de toda la existencia. Esta experiencia supone el contacto directo e inmediato con el Más Allá Interno, con Dios o con lo que las Upanishads describen como Tat tvam as¡ («Tú Eres Eso»). La comprensión de la identidad fundamental de la conciencia del individuo con el principio creativo del universo constituye una de las experiencias más profundas que puede tener un ser humano. En este sentido, el renacimiento espiritual que se experimenta en la MPB IV puede reabrir la

confiaenlamarea@gmail.com

puerta para volver al éxtasis oceánico de la MPB I y, de ese modo, volver a experimentar la unidad cósmica.

La unión simbiótica con la madre que suele acompañar a la experiencia del renacimiento («buen pecho») es tan parecida a la apacible existencia intrauterina («buen útero») que, en ocasiones, ambas experiencias se alternan o incluso llegan a coexistir. La experiencia de la MPB IV puede ir acompañada de la sensación de fusión con toda la existencia presentando, entonces, rasgos similares a los que ya hemos mencionado cuando hablábamos de la MPB I. En este estado, la realidad que nos rodea adquiere una cualidad numinosa. En la medida en que nos sentimos unidos con todo lo que es, percibimos la extraordinaria relevancia, sencillez y belleza de la vida natural. En este caso, la sabiduría de Jean Jacques Rousseau, Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau o de los maestros del taoísmo y del budismo zen, por ejemplo, parece incuestionablemente evidente.

En determinadas circunstancias ideales, el proceso de muerte del ego y posterior renacimiento puede provocar importantes y duraderas consecuencias ya que nos libera de la actitud defensiva y paranoide hacia el mundo, una actitud que se deriva de ciertos aspectos de nuestro nacimiento y de determinadas experiencias dolorosas posteriores. La muerte del ego nos despoja de los filtros y las lentes que habitualmente distorsionan nuestra percepción del mundo y de nosotros mismos. La experiencia del renacimiento, por su parte, puede abrir plenamente todas nuestras vías sensoriales. En tal caso, las imágenes, los sonidos, los olores, los sabores y las sensaciones táctiles son inusitadamente más intensas, vívidas y gozosas que antes, pudiendo, incluso, llegar a sentir que vemos el mundo por vez primera. Todo lo que nos rodea, incluidas las escenas más familiares y habituales, parece inusualmente excitante y estimulante. Quienes atraviesan esta experiencia suelen afirmar que han descubierto una forma completamente nueva de apreciar y disfrutar de sus seres queridos, del sonido de la música, de la belleza de la naturaleza y de los inagotables placeres que nos proporciona el mundo sensorial.

En tal caso, nuestra vida se ve polarizada por fuerzas altamente inspiradoras como la búsqueda de la justicia, la valoración de la armonía y de la belleza, el impulso creativo, la tolerancia y el respeto hacia los demás y el sentimiento del amor. Y, lo que es todavía más importante, comprendemos directamente que ésta es la expresión natural y lógica de nuestra verdadera naturaleza y del orden del universo. Sería totalmente inadecuado tratar de someter este tipo de experiencias al habitual reduccionismo freudiano que las considera como un simple mecanismo psicológico de defensa, como, por ejemplo, la «formación reactiva» (aparentar que se ama cuando, en realidad, estamos sintiendo agresividad u odio) o la «sublimación» de impulsos sexuales primitivos (consagrar nuestro tiempo a ayudar a los demás como una forma de aliviar nuestros impulsos sexuales). Es interesante constatar el extraordinario paralelismo existente entre esta nueva visión y los «metavalores» y «metamotivaciones» que Abraham Maslow observaba regularmente en quienes atraviesan experiencias místicas espontáneas o «experiencias cumbre». En los días o semanas posteriores a la experiencia espiritual, este tipo de efectos secundarios positivos son muy intensos y tienden a ir debilitándose con el paso del tiempo aunque, a un nivel más sutil, pueden llegar a transformar completamente a la persona.

Quienes han atravesado el proceso de muerte-y-renacimiento experimentan una sensación de relajación, activación, serenidad y profunda paz interna. Sin embargo, en ocasiones

el proceso no llega a completarse y aboca a un estado de excitación provisional similar a la manía. En tal caso, el individuo puede sentirse excitado, hiperactivo y eufórico hasta llegar a extremos muy dolorosos. Después de haber experimentado la MPB IV y las comprensiones cósmicas que suelen acompañar- la de una manera incompleta, hay quienes salen corriendo a proclamar a voz en grito sus revelaciones, intentando compartirlas indiscriminadamente con quienes les rodean. No es infre-cuente, en este caso, verlos dedicándose a hacer prosélitos, exigiendo un trato especial, tratando de organizar grandes celebraciones y haciendo planes megalomaníacos para cambiar el mundo.

Esto es lo que suele suceder en las llamadas crisis psicoespirituales espontáneas cuando el sujeto no dispone de la comprensión, el apoyo y la orientación adecuada. Así pues, cuando el descubrimiento de la propia divinidad permanece ligado al ego corporal, la comprensión mística puede asumir la forma de un delirio psicótico de grandeza. Esta conducta, no obstante, demuestra que la persona no ha llegado a conectar plenamente con la MPB IV y que debe seguir trabajando hasta integrar algunos elementos problemáticos de la MPB III. Cuando los aspectos residuales negativos de la MPB III se resuelven por completo, el renacimiento se experimenta en su forma más pura como un arrebato silencioso, sereno y tranquilo. Este estado es satisfactorio y completo en sí mismo y no requiere de ninguna acción inmediata en el mundo.

Donde el presente se une con el pasado

Ciertos acontecimientos biográficos, como el éxito, la superación de grandes dificultades y el fortuito escape de situaciones peligrosas están vinculados a la MPB IV. En reiteradas ocasiones hemos visto que el hecho de revivir el proceso del nacimiento suele despertar el recuerdo del final de una guerra o de una revolución, la supervivencia a un accidente o la superación de una prueba difícil. En otro orden de cosas, la MPB IV también puede estar asociada a la ruptura de un matrimonio conflictivo y al comienzo de una nueva relación amorosa. Hay ocasiones, por último, en que los éxitos alcanzados desfilan uno tras otro ante nuestros ojos en una especie de revisión condensada de la vida.

El nacimiento sin complicaciones parece ser una condición extraordinariamente importante para poder afrontar con éxito las situaciones difíciles de la vida. Las complicaciones, por su parte -como un parto prolongado y extenuante, el uso de fórceps, la anestesia, el parto inducido, el parto prematuro y la cesárea, por ejemplo-, parecen correlacionar positivamente con las dificultades para resolver todo tipo de conflictos.

En cuanto a su relación con las zonas erógenas freudianas, la MPB IV está asociada al placer y la satisfacción que siguen a la liberación de las tensiones desagradables. Así, a nivel oral, el aspecto físico de este estado es similar al hecho de saciar la sed y el hambre o a la liberación que sentimos cuando vomitamos y, de ese modo, ponemos fin a un intenso malestar gástrico. A nivel anal y uretral, por su parte, está vinculada a la satisfacción que acompaña a la defecación y la micción después de una dolorosa retención y, a nivel genital, corresponde al placer y la relajación que siguen a un buen orgasmo sexual. En lo que a la mujer parturienta se refiere, este estado está ligado a la liberación orgiástica que se experimenta inmediatamente después del parto.

confiaenlamarea@gmail.com

Otros mundos, otras realidades

La región del inconsciente que solemos asociar a estas cuatro matrices perinatales representa una interfase entre nuestro psiquismo individual y lo que Jung denominaba inconsciente colectivo. Como ya hemos visto, las matrices perinatales suelen contener recuerdos de diferentes aspectos del nacimiento biológico entremezclados con ciertas secuencias de la historia, la mitología humana o la identificación con diversos animales. Estos elementos pertenecen al reino de lo transpersonal, un reino que se halla más allá de los dominios de lo biográfico y de lo perinatal y que constituye, en la actualidad, la región más controvertida de la moderna investigación sobre la conciencia.

Las experiencias transpersonales desafían la creencia de que la conciencia humana se halle circunscrita al dominio de nuestros sentidos y esté determinada por el medio en el que penetramos en el momento del nacimiento. La psicología tradicional sostiene que nuestra experiencia y actividad mental es la consecuencia directa de la capacidad del cerebro para clasificar, atribuir significado y almacenar la información recogida por nuestros sentidos. No obstante, los investigadores transpersonales, por su parte, proporcionan evidencia consistente de que, bajo ciertas circunstancias, tenemos la posibilidad de acceder a fuentes casi ilimitadas de información sobre el universo que no se hallan necesariamente circunscritas al entorno físico que nos rodea. En el próximo capítulo nos dedicaremos a explorar este fascinante territorio.